

# ***RETALES DE MUJER***

***M<sup>a</sup> Rosa Fernández***

*A José, por estar siempre a mi lado  
Y a mi madre, la mujer más importante de mi vida*



## ***PRÓLOGO DE LA AUTORA***

Retales de mujer es un conjunto de relatos con distintas mujeres de diferente edad como protagonistas principales. El nexo de conexión se establece en el último relato, pero sobre todo está en el ambiente rural que las rodea. Cada relato está basado en historias de todos los días que veo de cerca o escucho, en definitiva de vivencias de mujeres anónimas que buscan en el día a día su realización, que tienen miedos y esperanzas, que sueñan con una vida mejor o que detestan lo que pasa a su alrededor. En algunos casos las situaciones se llevan a extremo y tienen un final trágico, la vida real es en ocasiones más dura incluso. Son historias de las muchas mujeres que cada una llevamos dentro.

Aunque a primera vista parece un libro escrito en exclusiva para mujeres no ha sido ésta mi intención última. Si es cierto que quisiera que las posibles lectoras se encontraran un poco de sí mismas en cada frase, pero también creo que los hombres que lo lean entenderán mejor a la mujer, que llegará un poco más a sus sentimientos, a sus anhelos.

## *ÍNDICE*

<b>PRIMERA SEMANA SANTA</b>	.....	<b>4</b>
<b>UN ERROR DE JUVENTUD</b>	.....	<b>12</b>
<b>UN DÍA DIFERENTE</b>	.....	<b>17</b>
<b>FLOR DE OTOÑO</b>	.....	<b>27</b>
<b>AQUELLOS INVIERNOS</b>	.....	<b>35</b>
<b>LAS ÚLTIMAS NAVIDADES</b>	.....	<b>46</b>
<b>EL RETORNO DE SOLEDAD</b>	.....	<b>56</b>

## PRIMERA SEMANA SANTA

Isabel no podía pensar en otra cosa el día que salía por primera vez acompañando a la Virgen, de la que su madre la había hecho hermana por petición propia. Se levantó nerviosa deseando que el día pasara pronto y que llegara la luna llena, señal de que la procesión saldría de la Iglesia. Con cinco años había ido desde que se acordaba a ver la Virgen de sus sueños, la Virgen de los Dolores que lloraba lastimosa todos los días en la Iglesia.

✍ Buenos días mami se levantaba sonriente la niña.

✍ Buenos días Isabel, hoy por fin es el día que tanto esperabas, así que tienes que portarte muy bien si quieres esta tarde acompañar a la Virgen le respondía su madre dándole un beso en la carita suave y caliente.

✍ ¿Cuándo me vas a vestir para la procesión? preguntaba la niña inquieta.

✍ Esta tarde Isabel, esta tarde. Cuando salga la luna entonces te visto.

La niña saltaba de un lado a otro de la cama. Ya mismo sale la luna y entonces voy de nazarena. La túnica colgaba de la percha en un rincón del dormitorio, era de color marfil con el cinturón granate.

✍ Mami, ¿y el cojín?

✍ Ese te lo darán cuando vayamos a los oficios a la Iglesia. Lo que no sabemos todavía es que te va a tocar, si la corona de la Virgen, el pañuelo o los clavos, pero da igual, los tres son muy bonitos.

La madre recordaba la especial predilección de la niña por la Virgen. Ya desde muy pequeña, con dos años la habían llevado los abuelos a la procesión. Isabel veía por primera vez aquella parafernalia, los tambores tocar, la gente alborotada. Pequeñas lágrimas emocionadas habían brotado de sus ojos al paso de la Señora. José e Isabel, los abuelos, no se podían creer que una niña tan pequeña tuviera ya esos sentimientos, pero la pequeña era consciente de la devoción que sentía por su Virgen y se le hizo eterno el tiempo en el que por fin iba a ver cumplido su sueño de acompañarla por las calles del pueblo. Para la madre de la niña era casi normal ese sentir, ya que ella misma lo había experimentado cuando vino a vivir al pueblo hacía ya algunos años. De las primeras cosas que se acordaba era de la visita a la Iglesia y en particular de la impresión que le causó la Virgen, la talla finísima de Cerrillo dejaba traslucir un rostro dulce que invitaba a la caridad, al amor.

Después de un día muy ajetreado, por fin la madre le indicó a Isabel que ya era la hora de vestirse. Un grito más parecido a un alarido que a otra cosa se dejó oír en la casa.

✍ Isabel, no seas loca, ¿así vas a chillar delante de la Virgen?

✍ No mami, que se me ha escapado, es que estoy nerviosa.

✍ Nerviosa, será nerviosa. Anda deja de dar saltos y trae la ropa que te la ponga.

Isabel se dejaba colocar la túnica que su madre iba alisando con esmero, el cinturón

granate brillaba ante la retina de la niña, por último una coleta con un gran lazo del mismo color que el cinturón.

✎ ¿Tu que te vas a poner mami?

✎ Yo la túnica de nazareno y el capirote.

✎ Yo también quiero un cucurucho de la cabeza, así nadie me conoce.

✎ Cuando seas mayor entonces te lo pondrás, ¿vale?. Ahora démonos prisa que ya están las campanas llamándonos a la iglesia. ¿No las oyes? Dicen, Isabel, Isabel, baja ya que te queremos ver le decía la madre riéndose.

La niña iba por la calle teniendo sumo cuidado con los charcos, había estado lloviendo durante toda la noche y resultaba difícil esquivarlos. El cielo estaba ahora totalmente raso, las estrellas brillaban y hacía frío, pero Isabel no lo sentía, estaba bien abrigada con dos camisetas y un jersey gordo de lana debajo de la túnica. La gente por la calle las saludaban cogiendo a la niña por la barbilla, diciéndole lo guapa que estaba y que se portaba bien. Ella asentía sin dejar de mirar la esquina detrás de la cuál aparecería la iglesia.

Por fin se abrió antes sus ojos la gran mole blanca, la casa de su Virgen. Las frías paredes de granito dejaban a la imaginación vislumbrar el calor que se albergaba dentro. La gente se arremolinaba a las puertas, inundando el Paseo de túnicas que se agitaban nerviosas. Las había de todos los tamaños pero las más pequeñas eran las que no paraban de un lado a otro. La puerta de la sacristía se abrió como por encanto y todos en silencio se dispusieron ordenadamente para entrar. Isabel tiraba del brazo de su madre indicándole que debían pasar dentro de la iglesia a lo que la madre accedió.

La niña traspasó la puerta y se encontró con mucha gente que andaba sin parar. La prisa era desconcertante para ella, no entendía el revuelo de los mayores, que charlaban gesticulando excesivamente con las manos. Había algunos que ordenaban a otros. Algunos empujones la llevaron a andar. Se agarró fuertemente de la madre para no caer y no perderse en aquél vorágine de personas.

✎ Mira mami, ese es el mandador le señalaba la niña.

✎ ¿El qué dices Isabel?

✎ Que ese es el mandador, el que manda en los nazarenos. Ayer lo vi por la calle cuando iba con la tita y me dijo que si tenía ganas de salir en la procesión, yo le dije que si.

✎ Ese se llama Hermano Mayor, y está muy contento de que te hayas apuntado a la Hermandad.

La niña no perdía detalle de los movimientos de esta persona, esperaba que le hablara a ella y veía pasar a otros niños que estaban tan perdidos como ella.

✎ Hola Isabel, ¿estás ya preparada? le habló el Hermano Mayor a la niña.

✎ Si, voy a llevar un cojín.

✎ Vale guapa. Ahora os sentáis al final en los bancos para escuchar la misa, luego ya os indicaremos el lugar de la fila para salir a la calle y se hará el reparto de velas.

Madre e hija tomaron asiento. La niña observaba detenidamente todo lo que ocurría a su alrededor, pero aquel revuelo duró tan solo unos minutos. Todos fueron tomando asiento y el silencio se hizo dueño del aire. El cura empezó la predicación. Mientras las palabras le resonaban como un eco lejano en su cabeza, Isabel miraba los capirotos dispuestos en una fila perfectamente en el pasillo, parecía montañitas con agujeros. Su madre le indicaba cuando tenía que ponerse en pie o sentarse, a lo que ella respondía automáticamente. Un murmullo le anunció que la misa había terminado. Entonces fue cuando de verdad los nervios empezaron a hacer estragos en su estómago.

✍ Mami, me duele la barriga.

✍ Entonces no sales en la procesión le dijo su madre.

Aquellas palabras le sonaron como el castigo más horrible del mundo. Se echó a llorar.

✍ Que no tonta, no llores. Lo que pasa es que estás nerviosa, ahora bebes agua y verás como te quedas tranquila.

Después del agua y de arreglarse la túnica se prepararon para salir. Un nazareno les indicó el sitio a ocupar. Isabel estaría delante de la Virgen llevando el cojín con la corona. Al tomarlo, las manos le temblaban esperando impaciente que los portones de madera se abrieran a la calle. Otra vez el silencio, roto por unos golpes secos que anunciaban que las puertas se abrían.

Una luz brillante de focos hicieron parpadear aquellos ojitos sorprendidos. Luego las estrellas y un cielo que se había quedado completamente raso se abrieron a los nazarenos que suspiraban aliviados de ver que la amenaza de lluvia se había evaporado. La interminable fila empezó a salir muy despacio, saboreando cada momento en que serían uno solo. Los tambores comenzaron a redoblar seguidos de aplausos. Por fin en la calle la niña veía a cientos de ojos expectantes mirando a la Señora que iba justamente tras de ella. Veía en ellos mucha emoción contenida. Sabía que ahora ya no podría hablar y se volvía muy a menudo para asegurarse que la Virgen seguía tras de ella. El incienso creaba una neblina. Los niños de al lado se quejaban del olor penetrante, pero a ella le resultaba de lo más agradable.

Paso a paso se iban adentrando en la encrucijada de calles del pueblo. Sentía tras de sí el suave movimiento de las flores que se entrelazaban con el olor de los cirios quemándose. El manto oscuro de la Virgen parecía flotar en el aire. La Virgen misma parecía ir en volandas. Más deprisa, más despacio, ahora pararos, le indicaba a los niños el nazareno jefe de su tramo. Ellos obedecían silenciosos y seguían su trayecto.

El padre de Isabel se acercó a ella en un recodo de la calle. Le preguntó si estaba cansada, y que si así era que no pasaba nada por salirse de la fila. Por segunda vez la niña sintió angustia al pensar en no poder terminar la procesión. Con un no contundente y poniendo la vista hacia adelante siguió andando.

Le conmovía la música de los tambores, aunque también las campanillas le tintineaban en su mente. Todo estaba resultando perfecto. Miró al cielo y unas grandes nubes malvas empezaban a cubrir el cielo. Buscaba desesperada la luna, pero ésta se había escondido. El aire

traía consigo un fuerte olor a humedad. Ante esta perspectiva la procesión se apresuró en realizar la trayectoria establecida. Por fin divisaron entre los tejados la torre de la iglesia cuando las primeras y finísimas gotas de lluvia empezaron a calar levemente las túnicas nazarenas.

La gente se agolpaba apretujada en las inmediaciones de la Iglesia. Abrigos largos cubrían los cuerpos ateridos que esperaban impacientes la entrada de la Virgen. Los músicos se dispusieron en la parte inferior de la escalinata y el Sepulcro subió pausadamente las escaleras. El Señor yacía entre cristales. Su cuerpo magullado destacaba sobre la suave tela granate.. Era pequeño y frágil. La Virgen de los Dolores seguía a su hijo con gran pena. Los dos se disusieron a la misma altura a las puertas de la Iglesia con los nazarenos a los lados formando una cadena del mismo color. Isabel miraba con la boca abierta a las imágenes, sintiendo humedad en sus ojos. Unas pequeñas lágrimas le rodaron por las sonrosadas mejillas. Sentía pena de ver a la Virgen llorar. La lluvia empezó a ser persistente pero no por ello echó para atrás al pueblo. Una voz rasgó el aire, le recitaba una poesía a la Virgen en forma de saeta. El público sobrecogido aplaudió con respecto al finalizar.

Los tambores redoblaron con más fuerza que en toda la noche y las imágenes comenzaron la difícil maniobra de volver a su templo. Primero el hijo, después la madre, al final los nazarenos.

Isabel entró empapada a la Iglesia como todos los de la Hermandad. Buscaba a su madre pero no la encontraba por ningún lado, así que pensó en irse al lado de la Virgen a esperar que apareciera. Alguien se le acercó.

✎ Isabel, ¿no encuentras a tu mamá?

✎ No, no la veo.

✎ Ven que te quite la túnica que estás chorreando y te vas a resfriar. No te muevas de aquí que yo la busco.

✎ No hace falta que ya estoy aquí decía su madre a su espalda.

La niña se abrazó a su madre y le contó toda la procesión. La madre después de escucharla se puso a hablar con otras personas de allí. Isabel miró a la Virgen, viendo como el agua le resbalaba por el manto como si fueran pequeñísimas perlas. También los pétalos de las flores se caían poco a poco.

✎ Mamá, ¿por qué no secamos a la Virgen con una toalla? Se va a resfriar.

✎ Anda Isabel no digas tonterías le respondió su madre.

✎ Que si mami, que si está mojada se pone malita.

Ante la cara suplicante de la niña, la madre cedió. Una vez que la Iglesia se fue despejando de gente, pidió un paño y subió como pudo a la niña al paso. Ella secaba con muy cuidado las manos de la Virgen y el manto.

✎ Mami, a la cara no llevo.

✎ No te preocupes que ahora la limpia otro nazareno.

✎ Ves mami, así está mejor decía mientras miraba satisfecha el trabajo realizado.

✎ Vamos Isabel que la Virgen tiene que descansar, tenemos que irnos a casa.

La madre se encaminó hacia los portones de la Iglesia indicándole gestualmente a la niña el camino a seguir. Antes de salir, la niña se volvió nuevamente hacia la Virgen y observando su dulcísimo rostro vió en su mente infantil como la Virgen le sonreía. Emocionada echó a correr hacia su madre. Jadeante y nerviosa le tiraba a su madre del abrigo con la necesidad imperiosa de contarle lo ocurrido.

✎ Pero Isabel, ¿qué te pasa? le preguntó un poco asustada ante la insistencia de la niña y su patente nerviosismo.

✎ Mami, la Virgen me ha mirado y ha sonreído.

✎ Claro que si chiquita le contestaba su madre acariciándole la cabeza eso siempre lo hace con los niños buenos.

✎ No te rías de mi que es verdad.

✎ Bueno, estate tranquilita que me lo creo. Anda vamos a casa.

La niña salió de la Iglesia de la mano de su madre. Volvió el rostro una vez más y vió entre penumbras la su Virgen. Suspiró satisfecha. Ella lo había visto. La había mirado y sonreído.

## UN ERROR DE JUVENTUD

Cristina se maquillaba como todos los sábados frente al espejo de su dormitorio. Todo era de color rosa, las cortinas, las sábanas, la colcha, incluso las paredes. Era la nota de dulzura que conservaba de su niñez dejada hacía poco tiempo. Las muñecas la miraban pero ella no las veía, se habían convertido ya en adornos de la habitación, antes sin embargo eran casi todo su mundo. Se pasaba las horas jugando olvidándose hasta de comer. Su abuela trabajaba fuera limpiando casas, así que el poco tiempo libre del que disponía estaba malhumorada y sin ganas de hablar. Cristina se había criado con su ella desde que murió su madre, pasando la mayor parte del día esperando la llegada del fin de semana. La palabra sábado tenía magia para ella, era el día de las locuras, de desenfreno, de echarse a la calle y no tener hora para volver. A sus dieciséis años vivía de pleno la fiebre de las discotecas. Era el pensamiento que le rondaba la cabeza durante toda la semana, el sábado noche.

Terminó de perfilarse los labios y asintió satisfecha el resultado en el espejo. Quedaba arreglarse el pelo. Teresa se retrasaba como siempre. Por fin la sintió subir los escalones que conducían a la planta de arriba de la casa, que era donde estaba su habitación.

- ✎ Cristina, Cristina la llamó a voces.
- ✎ Anda entra que llegas tarde le recriminó.
- ✎ ¿Por qué no me has esperado para maquillarte? Tenías que haberlo dejado para el final le hablaba Teresa intentando oirse por encima de la música estridente de la radio.
- ✎ Estaba aburrida.
- ✎ Hola a todas sonó otra voz en la puerta de la habitación.
- ✎ Bueno, tu también vienes le dijo Teresa.
- ✎ Tengo unos pelos horrorosos, llamé a tu casa y tu madre me dijo que te habías venido para acá hablaba Mara.
- ✎ Si, será mejor que te arregles porque como esté Javi esta noche en la discoteca me muero decía Cristina riéndose.

Por fin salieron a la noche. Cristina vivía para el fin de semana, que consistía en cualquier relación fugaz y en ponerse más allá del límite de alcohol. Risotadas groseras se confundían con los focos incansables de dar vueltas y la música al máximo volumen. Pero este fin de semana, Cristina tenía una idea fija, conseguir por fin tener a Javi a su lado. El era un chaval apocado, parco en palabras y en hechos, no se le conocía ninguna fechoría como a la pandilla de amigos en la que se incluía, era una persona que pasaba despercebida, por ello mayormente le atraía a Cristina. Imaginaba tenerlo para su colección particular de relaciones amorosas. Tenía que conseguirlo a toda costa, sería divertido usarlo y después dejarlo como había hecho tantas veces con otros. Además éste se resistía, creándole a Cristina un morbo hasta ahora inusual.

Tras un par de horas de rastreo, Cristina dio con su presa. Estaba echado en la barra con cara de inocente, pensaba. Se acercó a él descarada y le avasalló.

- ✎ ¿Me sacas a bailar? le preguntó insinuante.
- ✎ No me gusta bailar.
- ✎ ¿Quieres que nos tomemos algo en aquella mesa más tranquilamente? seguía con su juego.
- ✎ Ya tengo aquí bebida- le respondió enrojecido.
- ✎ Tranquilo, que no me como a nadie.
- ✎ Esta bien, pídete algo y nos sentamos allí a charlar un rato.

Cristina utilizó toda su estrategia aprendida rápidamente en pocos años. Tenía a su víctima delante de ella y le gustaba ese juego. Sentía una gran sensación al poder manejar a la otra persona y saber que en el momento que ella decida se acabaría la relación. Javi le hablaba nervioso y excitado, le gustaba aquella chica, en el fondo se sentía agradecido de que ella hubiera puesto su vista en él, cosa que nunca se hubiera atrevido a dar el paso. Era demasiado tímido. Ya sabía de la fama de ella, pero no le importaba, la gente en la mayoría de las ocasiones hablaba más de la cuenta y juzgaban a las personas sin conocerlas. Cristina era preciosa, y aunque pareciera extraño le atraía mucho su desparpajo, del que él carecía. Le gustaban esas personas que no tenían cortedad ante nada, él era incapaz de decir una palabra más alta que otra. Cristina se acercó a Javi y le besó. El se sintió cortado por un instante pero le correspondió venciendo su timidez. Se encontraba en una nube, le parecía mentira que tuviera tanta suerte de que ella se hubiera fijado en él. Los besos y las caricias siguieron su curso rápidamente. A unos metros de ellos, Magdalena observaba la escena silenciosa. Se sentía romper por dentro. Javi había sido su amor de toda la vida. Eran vecinos y habían compartido los juegos de niños, más tarde las confidencias de adolescente, así que sabía de la pasión de él por Cristina, pero también que ella no era buena persona, que jugaba con la gente. A sus dieciséis años contaba ya con una extensa lista de relaciones fracasadas a sus espaldas, de infelices que habían confiado en sus buenas palabras para sentir luego su crueldad. Era increíble que una persona tan joven pudiera ir por la vida con esa actitud, para Magdalena carecía de sentido, pero era real aunque le costara creerlo. Ahora tenía entre sus garras a Javi y sabía que no podía hacer nada por evitarlo. Hablaría con él a sabiendas de que el enamoramiento vuelve locas a las personas.

Mientras tanto la escena de sillones iba subiendo grados. Para Javi era la primera relación y Cristina, ya una experta sabía tenerlo bajo control. Decidieron irse fuera de la discoteca.

Bajo un cielo totalmente estrellado y limpio, los jóvenes buscaron un escondite entre los arbutos que crecían a la orilla de la carretera en la salida del pueblo. La música de la plaza se oía en la quietud. Estaban en fiestas y probablemente nadie pasaría por aquél lugar. La noche, aunque a mediados de agosto, estaba fresca, tal como acostumbraba a pasar en un pueblo tan metido en plena sierra. Javi acariciaba torpemente el cuerpo de Cristina, la cual se sentía como una diosa teniéndolo bajo su control. Aquella noche la pasaron juntos descubriéndose

mutuamente. Para Javi era su primera relación sexual.

Cristina no tardó al día siguiente en ir a contárselo a sus amigas. Ante el asombro y cierta envidia de todas, se explayó con los detalles, aunque a lo que más dio importancia fue al hecho de que a ella le daba igual, de que era uno más en la lista. Cuando se marcharon sus amigas, Cristina se echó en la cama pensando en la noche anterior. De verdad era que se estaba enamorando de aquél chico, pero no podía mostrarse débil ante él o le haría daño. Sus ojos habían visto ya demasiados fracasos en el pueblo para caer ante un enamoramiento tan tonto. Aún así, la relación continuó durante todo el verano, siempre bajo los caprichos de la joven, que no dudaba en hacer sufrir al otro.

Con la llegada del otoño la situación fue cambiando, Javi empezó a tomar las riendas, y así pronto empezaron las discusiones. Ya no estaba dispuesto a soportar ser el juguete de una niña egoísta. El era una persona y ella tenía que respetarlo, pero Cristina seguía siendo una inmadura, una chica que creía que se lo merecía todo por el simple hecho de ser guapa. Era cruel con sus amigas, castigando sobre todo a la pequeña Teresita, que llevaba gafas y que el mes pasado le habían implantado un corrector dental. Cristina no dudaba en dejarla en ridículo delante de todos. Se sentía infranqueable.

Javi empezó a perder el interés que hasta ahora había sentido. Se había marchado a la capital a proseguir con los estudios. Cristina ya había oído los rumores de su que allí era un inseparable de Magdalena. No lo podía soportar, así que planeó minuciosamente su venganza, haciendo partícipes a sus amigas de ella para así darle más importancia. Con lo que no contaba es que Teresa la iba a traicionar. Cansada ya de sus burlas había decidido contárselo todo a Javi y así lo hizo. Llegó el fin de semana y el sábado noche. Cristina entró a la discoteca buscando a Javi ansiosa, llendo de la mano de Jorge, un chuleras del pueblo mucho mayor que ella. Lo divisó acompañado de Magdalena y se acercó.

✍️ Hola a todos, ¿cómo estáis? Supongo que os acordaréis de Jorge.

✍️ Hola Cristina le respondió Javi desganado supongo que tu también te acordarás de Magdalena, mi verdadera novia de toda la vida.

A Cristina se le vino el mundo encima. Una sonrisa deformada se instaló en su rostro.

✍️ Ya me imagina algo de esto desde que te fuiste a estudiar.

✍️ Si Cristina le respondió Magdalena nadie quiere ser tu juguete. Tu has sido esta vez el nuestro.

Cristina salió como una exhalación de la discoteca sin soltar la mano de Jorge. Ahora verás esos imbéciles pensaba.

Aquella noche Cristina cometió el error más grave de su juventud, se quedó embarazada por despecho. Jugó con la vida de otra persona inocente que iba a nacer, pero no sería éste su último error. Después de aquellas fechas su vida fue un infierno. Pasó de brazos en brazos sin echar cuentas de su hijo. Terminó por tener que irse del pueblo, aunque la fama le precedía a donde quiera que fuera. Años después volvió en busca de su hijo, que lo cuidaba la abuela, y se

lo llevó a Gerona donde trabajaba. Fue entonces cuando se dio cuenta de que había perdido su dignidad de mujer, pero era joven, y gracias a Dios que no había tomado la opción de abortar, fue su mayor acierto. Arrepentida buscó una nueva oportunidad al lado de su hijo. Nunca más volvería al pueblo.

## UN DÍA DIFERENTE

Adela se asomaba como cada mañana a la ventana. Era la primera cosa del día que desde siempre había hecho. Ya desde pequeña se aupaba en la silla de anea que le había regalado su abuela y miraba la brillante esfera del reloj de la torre de la iglesia. Contaba las campanadas mentalmente al mismo son que replicaban. El juego infantil se había convertido en algo indispensable que hacer igual que beber agua o comer todos los días.

Mierda de lluvia, se repetía para sí misma mientras dejaba la persiana a medio echar.

✍ ¡Mama!- le reclamaban a voces.

✍ ¡Mamáaaa!- insistían cada vez más.

✍ Voy, que ya voy contestaba cada vez más malhumorada.

✍ ¿Dónde te metes?. Prepárame la ropa y el desayuno que voy ya tarde- le hablaba con exigencia su hijo Sergio.

✍ Hoy no te pares mucho al salir del instituto que tengo que ir a casa de la abuela. Está regular desde ayer. Le duele la garganta y voy a ir a echarle una mano le hablaba dulcemente Adela a su hijo.

✍ Vale, pero no vayas a venir tarde.

Una hora más tarde tocaba levantar a Adelita de la cama. Tenía diez años.

✍ Adelita, venga es la hora del colegio.

✍ No quiero ir. No voy le replicaba lloriqueando.

✍ Vamos mujer.

✍ Que no voy.

Y después de unas cuantas de patadas y voces Adelita se marchó al colegio. Adela quedaba entonces sola ante una casa llena de ropas sucias y desorden. Era el pan de cada día. El mismo amanecer, las mismas malas caras, lo mismo que hacer todos los días.

Llevaba ya cerca de veinte años casada. Lo había hecho con treinta y dos años, ya muy mayor para la mayoría de la gente del pueblo. Su novio de toda la vida la había dejado dos meses antes de la boda por una forastera que fue a la localidad en una feria. Menudo el revuelo que se armó en el pueblo. Este hecho la había convertido en maldita, resignándose a quedarse soltera al cuidado de sus padres. No era lo que siempre había soñado pero vivía tranquila, aunque echaba de menos poder tener su propia casa y una familia a la que cuidar, sobre todo

unos niños pequeños que criar y ver crecer. Era lo único que levantaba su envidia, el ver a las vecinas y amigas con pequeños llorones en su regazo. Así que cuando al poco tiempo sus padres enfermaron y murieron uno tras otro pensó en que la vida le volvería a dar otra oportunidad, estaba decidida a no quedarse soltera. Paco, un soltero empedernido se acercó y ella se subió al último tren que creía poder tener a su alcance.

La vida no se había portado bien con ella. Paco no era lo que se dice un mar de virtudes. Huraño y malhumorado había convertido a Adela en una mujer sumisa y achicada que apenas si salía de los cuatro muros de la casa.

Adela volvía a mirar por la ventana. La exasperaba la lluvia fina y llena de barro que caía en septiembre. Soñaba con el mar. De joven había ido con la abuela a visitar a la hermana de ésta que se encontraba enferma. Recordaba la arena finísima, el sabor a sal del ambiente, el infinito mar de Sanlúcar de Barrameda. Pero ahora aquello quedaba muy lejos. Tenía la vaga esperanza de que un día se armaría de valor y se iría allí. Todavía era joven y sabía trabajar duro, saldría adelante. Una voz de ogro la sacó de su ensoñación.

✍ Adela. Adela le gritaba Paco con desprecio.

✍ Voy, que voy hasta la voz se me está volviendo de cabrera, pensaba mientras que corría al salón.

✍ Tu eres tonta o te lo haces. ¿No sabes que hoy iba a trabajar al campo? No me preparas la comida, no echas cuentas de nada. Lo peor que me ha tocado en esta vida es tener a mi lado a una tonta le hablaba a voces.

✍ Bueno Paco no te pongas así, ahora mismo te lo preparo le sonreía Adela como podía.

✍ Que eres tonta Adela, que eres tonta. Fíjate en la mujer de Manolo, siempre pendiente de su hombre, tan dispuesta y tan bien arreglada siempre. Tu pareces un estropajo Paco agarró con fuerza la bolsa que Adela le tendía Trae ya que llego tarde.

Se marchó sin decir ni adiós dando un portazo atronador. Adela se desplomó en el sillón y lloró amargamente. ¿Por qué? ¿Por qué? Era la misma pregunta de todos los días. Ella intentaba tener todo listo para cuando llegaran. Trabajaba en el campo cuando hacía falta. Ahorraba dinero a costa de privarse de muchas cosas. ¿Qué más querían de ella? ¿Por qué siempre esos malos modos?











Cuando conoció a Paco no parecía que la vida luego se iba a burlar de ella tan descaradamente. Se le abrió la puerta que ya creía cerrada. La verdad es que nunca había sido un hombre pasional ni cariñoso con ella. Su madre y hermanos se lo habían advertido, que él era así pero que no era malo. Se casaron como otros tantos sin pena ni gloria pero aquello le reportó tranquilidad. Lo malo fue que duró poco tiempo. Enseguido se quedó embarazada y él empezó a rechazarla. Rara era la noche que no venía borracho y se encaraba con ella a voces insultándola. Incluso una noche le llegó a dar un puñetazo. A los tres días abortó y él se deshizo en carantoñas y súplicas de rodillas para que aquello quedara entre ellos. Ella pensó que habían sido los nervios más que nada y aquél episodio

quedó olvidado y nunca más le había vuelto a poner la mano encima. Estuvo todavía una temporada algo pendiente de ella, pero también este período duró poco.

Adela se levantó y volvió a mirar al patio, la lluvia seguía, era un día tan pardo como ella. Ahora tendré que volver a limpiar los patios, pensaba mientras se restregaba los ojos quitándose los restos de lágrimas.

Llegó el mediodía y Adela preparó una mesa con esmero. Sacó el mantel blanco con fillos de blonda y los cubiertos de plata. Así no come ni el mismo rey, pensó sonriendo para ella misma. Acto seguido subió y se duchó a conciencia, perfumándose el cuerpo con una crema que le habían regalado por Reyes hacía ya unos años y que estaba nueva. No se cuidaba casi nada y su aspecto se había ido deteriorando con el paso del tiempo. Se arregló el pelo y se vistió con pantalón oscuro y camisa blanca. Por fin se miró al espejo. No me veo tan mal pensó. Tendría que perder unos kilos y mañana mismo iría a la peluquería. Me cortaré estos pelos y los teñiré un poco más claro, pensó sonriente, se lleva el rubio que además hace más joven. Terminó por darse con carmín y unas gotas de colonia le acariciaron el cuello.

Otros fuertes golpes en la puerta la volvieron a sacar de sus pensamientos.

-  Adela, Adela, que voy para adentro le gritaba Matilde, la vecina de al lado.
-  Pero hija, ¿adónde vas? Estas guapísima
-  Pues nada que estaba un poco deprimida y he dicho de arreglarme un poquito a ver si me animaba respondía Adela sonrojándose y agachando la cabeza.
-  Ese hombre que tu tienes es un animal, ¿qué te ha hecho hoy?. No hay día en que te diga una palabra amable.
-  Nada, nada, tonterías tuyas hablaba Adela con una sonrisa forzada.
-  Tu sigue así que cualquier día te va a hacer algo. Mira Adela ahora ya no es como antes, fíjate en Pepa, la de el Cerrete. Se separó y vive tan feliz con sus hijos. Es más dice que ojalá hubiera dado el paso antes. Ve y habla con la asistente social y cuéntale el caso. No eres feliz Adela. Tienes amigos que te ayudarían. Por lo menos piénsatelo.
-  Que no Matilde, que estás sacando las cosas de quicio. Te imaginas que dirían todos si yo me separara Adela se reía abiertamente que locura.
-  Peor es vivir una mentira.
-  Bueno se acabó el tema. Además donde iba a ir yo con dos hijos y siendo una analfabeta, para eso nos casamos para aguantar la carga que Dios nos mande. No me paro más Matilde que tengo que terminar de preparar la comida. Adiós.
-  Hasta luego Adela, pero te lo vuelvo a repetir. Ten en cuenta lo que te he dicho y ya sabes donde estoy por si quieres hablar. Adios.

Adela volvió a la cocina y rebobinó en su mente las palabras de Matilde. Llevaba toda la razón del mundo, pero ya era tarde. En el fondo sentía un miedo descomunal a enfrentarse a una situación desconocida y luego estaban las habladurías de los demás, no quería ni pensar lo que suponía estar en boca de todo el pueblo tal y como le había sucedido a la del Cerrete, sus hijos se

lo reprocharían. No tenía otra posibilidad. Volvió a pensar en el mar, algún día debería volver. A lo mejor si lo hacía con Paco éste cambiaba. Salúncar no estaba tan lejos, incluso se podía ir tranquilamente un domingo. Ellos no habían tenido viaje de novios ni sabían lo que era el sabor de unas vacaciones. Tenía que pensar muy detenidamente de que manera se lo podía hacer ver a Paco, que necesitaban unos días de tranquilidad fuera del ambiente diario. Mejor era que se lo dijera a sus hijos para que ellos intercedieran. De vez en cuando Paco los escuchaba aunque desde que nacieron tampoco les había echado muchas cuentas, pero se podía intentar.

A Adela se le pasaba también por la mente muchas veces la muerte. La había deseado en muchas ocasiones. Cerraría los ojos y ya no habría nada más. No más malas caras ni desprecios. Se liberaría de la amargura y la soledad que le acompañaban. Por tercera vez sonaron voces en la casa que la volvieron a la realidad.

✍ Ya estamos aquí mamá gritaron al unísono sus hijos.

✍ Pero mamá que guapa estás le dijo Adelita después de un sonoro beso.

Después de todo, pensó Adela, tengo que seguir adelante por mis hijos. Pobrecitos, como podría darles un disgusto. No pasaría la tarde sin comentarle a todos la idea de la visita al mar. Paco entró como un vendabal por la puerta. Una sonora carcajada fueron su saludo al entrar al comedor.

✍ Pero Adela, ¿qué disfraz te has puesto? ¿No has oído nunca el dicho de que aunque la mona se vista se seda mona se queda?

✍ No se Paco, tenía ganas de arreglarme un poquito. La verdad es que estoy muy dejada.

✍ Que si papá, déjala que se arregle que parece siempre un trapo le replicaba su hijo Sergio.

✍ Bueno vamos a comer.

Paco devoró la comida y se permitió el detalle de mancharle la camisa a Adela a conciencia. Adela bajó la cabeza como siempre, parecía ya un movimiento natural suyo.

Manolo, el compañero de Paco entró por la puerta.

✍ Buenas tardes. Espero no molestaros, pero he visto la puerta abierta.

✍ Entra, entra Manolo, ¿has comido ya? le preguntó una Adela sonriente.

✍ Hombre Paco, hoy te podrás quejar de mujer. Adela estás muy guapa, a ver si te pones así todos los días que da gusto verte, y gracias pero acabo de terminar de comer.

Adela volvió a bajar la cabeza ruborizándose. Paco cambió el gesto, una mirada inyectada en sangre se le hizo visible.

✍ Bueno Paco, era para ver si puedes ir esta tarde a por los sacos de pienso que te dejaste en el campo, me van a hacer ya falta.

✍ Esta tarde te los llevo contestó secamente Paco.

✍ Bueno, ya no os molesto más, hasta la tarde se despidió Manolo.

Se oyó el ruido de la puerta al cerrarse. Paco se incorporó y de un manotazo arrastró el mantel con la comida. A Adela empezaron a temblarle las piernas. Sergio y Adelita corrieron a sus habitaciones.

✍ Puta. Eres una puta. Para eso te has vestido, para que te miren. Ven aquí.  
Adela se acercó despacio. De un manotazo Paco le quitó el carmín de los labios y acto seguido la empujó. Adela cayó sobre el revoltijo de platos y comida que estaban en el suelo.

✍ Paco, por favor. Me he arreglado para ti le suplicaba Adela con un hilillo de voz.

✍ No me hagas reír. He visto como lo mirabas y te insinuabas. Te ves ridícula. Me das asco  
Adela, siempre me lo has dado. No sirves ni para la cama.

✍ Pues no haberte casado conmigo algo explotó dentro de Adela que se puso en pie y se encaró con Paco yo todavía soy joven y puedo seguir sola, me voy a ir. Te voy a dejar  
Paco, que sepas que te voy a dejar sentenció Adela dándose la vuelta.

El puñetazo en la espalda no se dejó esperar. Adela cayó como un árbol sesgado por el rayo. Gritaba, pero Paco no dejaba de darle patadas. Sergio le gritó a su padre tirándole con fuerza de los pantalones.

✍ Déjala ya que la vas a matar.

Paco se fue y Adela se sentó en el sofá. Lloró durante mucho rato con Sergio y Adelita abrazados a ella.

✍ Mamá, le habló Sergio, ¿papá y tu no os lleváis bien, verdad?

✍ No hijo, es que tu padre es así le hablaba con voz entrecortada Adela nunca me había pegado, lo que pasa es que tiene problemas, el trabajo anda muy malo en estos tiempos y eso a los hombres los pone muy irritables. Anda iros al Paseo que ya recojo yo esto.

Adela se volvió a quedar sola en la casa. Recogió el desastre, se cambió se ropa y se puso a ver la televisión en el sofá. Su vida era una mentira. Cuanta razón tenía Matilde. Ahora también engañaba a sus hijos, lo más importante para ella en el mundo. Fue a casa de la abuela, ésta le miró los moretones, volvió la cabeza y calló. Tampoco la familia era que se interesara por lo que Adela sentía o esperaba.

✍ Abuela, Paco me ha pegado.

✍ Hija mía los hombres son así, habrá tenido un mal día en el trabajo.

✍ Pero abuela, además lo ha hecho delante de mis hijos, ¿es que a ninguno os importo?

✍ Adelita no pienses así, ven aquí.

La abuela abrazó a su nieta que no paraba de llorar, más que el dolor de la paliza sentía la punzada de estar sola en el mundo.

Volvió a su casa y al pasar por delante del portal de Matilde pensó en entrar y decidirse a dar el paso que la alejara de Paco, unos niños se le cruzaron por delante y la hicieron volver a pensar en sus hijos, definitivamente no podía darles ese disgusto. El por qué se le venía una y otra vez a la cabeza.

Pasó la tarde y al anochecer apareció Paco.

✍ Vamos Adela, tenemos que ir al campo a por el pienso. ¿me vas a ayudar?

✍ Si Paco, te voy a ayudar como siempre lo he hecho.

- Pues entonces venga, quítate de una vez esa ropa y vámonos que se hace tarde.

En el coche Paco le comentaba que se le había ido un poco la cabeza. Le hablaba deprisa sobre los problemas que tenía y le echaba en cara que ella tampoco le ayudaba. Las palabras de Paco eran para Adela apenas un murmullo, miraba el campo y veía amarillear ya algunos árboles. Así se sentía ella, un árbol sin fruto, una flor marchita que pasaría por la vida sin dejar huella. Unos pensamientos afloraron en la mente de Adela. Otra vez la muerte. Que fácil sería dormir para siempre. No esperaba ya nada de la vida.

Paco le seguía hablando, pero ella ya no lo oía, sus palabras se desvanecían como la neblina que iba surgiendo de la nada y que envolvía el coche y el campo poco a poco. De pronto el motor acalló su ruido y Adela se percató de que Paco había parado el coche.

✍ Siento un ruido en los bajos, creo que se ha soltado algún cable. Adela, ¿me oyes?. Lo que yo digo, eres tonta. Luego quieres que hablemos.

Y así Paco se bajó del coche volviendo a insultarla. El coche quedó situado en una cuestecilla y Adela quedó dentro. Paco maldiciendo a todos los santos sacó una manta vieja del maletero, la dispuso debajo del coche, acto seguido se colocó allí y empezó a manipular cables y a seguir maldiciendo para no perder la costumbre. Salió de debajo del vehículo, lo arrancó y después de acelerarlo unas cuantas veces se volvió a sumergir debajo del coche.

Adela tenía la mirada fija en el infinito. Un sudor frío le recorría la mano que apretaba en el freno de mano. Con el dedo pulgar acariciaba el botón del freno una y otra vez. Pensó en sus hijos, estarían mejor con la abuela se dijo para sí misma, yo ya no tengo nada que ofrecerles, por mucho que quiera no les voy a ofrecer nada. Aunque al principio sea para ellos un choque son pequeños y a los niños se les olvida pronto todo, rehacerán sus vidas y serán más felices de lo que yo he sido, no quiero que me vuelvan a ver tirada en el suelo llena de magulladuras con la nariz sangrante. Volvió sus recuerdos al mar, parecía que hasta oía el ruido armonioso de las olas, que estaba sentada en la arena y que la brisa salda embriagaba su cuerpo, una paz extraña se estaba apoderando de ella. Adela no quitaba el dedo del botón, ya sentía la palanca del freno como una extensión de su propio brazo, como algo que siempre había pertenecido a su cuerpo. En ese momento apretó el botón bajando la palanca. Un salvaje alarido rasgó el aire. Durante los segundos que el coche siguió deslizándose cuesta abajo Adela se lamentó de ser una cobarde, de no haber echo caso a Matilde, de que ya no iba a volver a ver más la sonrisa de sus hijos, pero ya no había vuelta atrás. Un choque brutal contra un muro y silencio. El amasijo de hierros quedó empotrado en la pared blanca, la noche iba cayendo suavemente. Todo había quedado cubierto por una extraña quietud.

## FLOR DE OTOÑO


Manuela se levantaba desganada cada mañana. Después de mirarse en el espejo y protestarse a sí misma por las impertinentes canas y las patas de gallo, se vestía con miedo a salir del dormitorio. Hacía poco más de un año que se había mudado al nuevo piso, y entre las ventajas que poseía estaba la de que para salir al exterior no tenía que cruzar el salón, no viendo así el desorden diario con que amanecía. La segunda ventaja estribaba en el ascensor que hacía muy cómodas las subidas y bajadas, quedándose atrás los años de subir y bajar las escaleras de la anterior vivienda. Aunque no poseía la ventaja que ella más quería, su gran añoranza, volvera a su pueblo natal, que ya sólo lo hacía en contados fines de semana y vacaciones.

Antes de empezar con las faenas domésticas bajaba a desayunar a la cafetería de enfrente. Allí con conversación y risas, olvidaba por un buen rato la monotonía y las preocupaciones. Aquellas amigas eran su vía de escape. Entre cafés y tostadas cada una dejaba entrever algo de su vida, además de darle vuelta a los políticos y al famoso de turno. Luego, la compra. No podía creer como podían comer tanto en la casa. Todos los días bolsas y bolsas. Claro, que aunque en la casa ya solo estaban tres, los dos hijos casados venían a menudo y arrasaban con todo.

A Manuela se le hacía tremendamente tedioso el arreglo del hogar. Antes le había gustado, sobre todo cuando vivía su madre. Ella se encargaba de la compra y la comida, por lo que se despreocupaba de ese aspecto tan pesado y se dedicaba a otros menesteres, cosa que hacía a su aire. Echaba mucho de menos a su madre, y no podía pensar en ello pues el dolor, que dicen que el tiempo cura, no se le había pasado. Ya no era tan agudo y persistente como antes, pero de vez en cuando también apretaba lo suyo. No había día en que no la recordaba, incluso cada vez más. Ya le había perdonado el que no la dejara estudiar, pero no lo olvidaba. Era su mayor frustración, la de no haber podido hacer una carrera, para más exactitud la de médico. Seguro que hubiera sido una buena profesional de la medicina, se decía así misma mientras empezaba a recoger la ropa tirada por el suelo y los platos sucios de la cena de la noche anterior.

El impertinente teléfono sonaba como casi siempre a esas horas matutinas.

 ¿Qué pasa mamá, como andas hoy?

 Pues bien le contestaba a su hija mayor que vivía en otra ciudad.

Así se establecía la conversación a diario, hablando del tiempo, el plan de comidas y a la lata que dan los niños.

Manuela suspiraba y pasaba revista mental de la vida de sus hijos. No te compliques la vida con nosotros, mamá, le decían, cada cual tiene que vivir su vida y salir adelante por su cuenta. Pero como no iba a preocuparse, pensaba, si sus hijos lo habían sido y seguían siendo todo para ella. Quería lo mejor para ellos y claro está, había momentos en los que sabía que los agobiaba, pero no podía evitarlo, ella era así.

La vida se le estaba volviendo pesada. A sus cincuenta años se le

habían ido desvaneciendo una a una todas sus ilusiones. Los hijos se habían hecho mayores y eso en vez de un desahogo le reportaba en el fondo una gran tristeza. Tenía que entender que ya no la necesitaban para todo, que vivían sus vidas independientes, pero no conseguía hacerse a la idea. Que lejos quedaban aquellos años en que los esperaba impaciente a que volvieran del colegio con la merienda preparada, dispuesta siempre a echarles una mano con las tareas. Se sonreía a sí misma cuando por la mente se le presentaba aquél endemoniado mosaico que tuvieron que hacer una tarde. Todo el salón era como una nevada de pequeños papelillos multicolores. Ellos mismos los tenían también enredados en el pelo o pegados a la ropa, pero lo hicieron. Ahora miraba con envidia a las madres llevando a los niños al colegio por las mañanas.

Se estaba volviendo rara y melancólica cuando ella siempre había sido una persona alegre. Hasta su marido le echaba pocas cuentas, pensaba para sí. Le achacaba el mal humor a la dichosa menopausia. Todos encontraban alguna excusa a su manera de comportarse, pero ninguno entendía que necesitaba ser útil como antes.

La mañana pasaba deprisa. Al filo del mediodía se sentaba en el sillón haciendo zapping a esperar a su marido y a su hija menor para el almuerzo. Todos los días también temía esa hora, no sabía a ciencia cierta con que cara iban a llegar. Un ruido de llaves le anunció que el primero entraba por la puerta. Era la hija.

✍ Hola hija dijo Manuela levantándose del sillón con una amplia sonrisa.

Un bufido extraño fue la respuesta, seguida de un lanzamiento de mochila a un rincón.

✍ ¿Qué hay de comer? preguntó la hija con voz de ogro.

✍ Habichuelas y pescada.

✍ Que asco, siempre comemos porquerías volvió a hablar dando un portazo al entrar en su habitación.

Isabel colocaba los platos en la mesa con gesto resignado. Ahora a ver como viene el otro, pensaba. Otra vez el tintineo metálico en la puerta le avisaron su llegada.

✍ Hola, ¿cómo te ha ido hoy el día?

✍ Como siempre, vengo muy cansado. Lo que tengo ganas es de comer y acostarme un rato.

✍ Había pensado en ir esta tarde a merendar chocolate con churros. Hace tiempo que no salimos, así nos despejamos y charlamos un rato tranquilamente. Luego podíamos ir a ver a la prima María que anda regular.

✍ Esta tarde imposible, voy a ver el fútbol. Además, lloviendo como está cualquiera saca el coche para callejear. Otro día vamos.

Así pasaba la tarde como otras tantas, aburrida y triste.

Al día siguiente pensó en irse ella sola de tiendas. De verdad necesitaba salir y ver caras nuevas. Se esmeró en arreglarse y sintiéndose mejor salió a la calle. Hasta el ambiente estaba más alegre. Después de tantos días de lluvia había salido un tímido sol que invitaba al paseo.

Bien abrigada recorrió varias calles mirando lo que los escaparates le ofrecían. Al cabo de un buen rato se encontró con Marta, una amiga de juventud que hacía ya varios años que no veía. Después de saludarse efusivamente, entraron en una cafetería cercana con ánimo de contarse en un rato lo que esos años le habían deparado a cada una.

- ✎ Te noto algo triste Manuela, no sé, es como si estuvieras aburrida.
- ✎ No sé que contestarte, pero la verdad es que últimamente me encuentro fatal. No levanto cabeza. Me enfado sin motivos y creo sinceramente que nadie me echa cuentas ya. Cada uno tiene su vida y pasan de mi, me gustaría volver al pueblo, pero no puedo, la niña tiene que terminar de estudiar.
- ✎ Anda mujer, serán imaginaciones tuyas. Hay veces en las que lo vemos todo negro, pero eso se pasa. Respecto al pueblo, no sé por qué lo dices, ¿no vives aquí bien?
- ✎ Si, pero cada vez echo más de menos aquella vida, sobre todo después de morirse la abuela de Alfredo. Además es que no se me pasa. Alfredo lo achaca a la menopausia, pero no es así. Me he dado cuenta de que no le importo a nadie. Hasta noto algo burlesco en sus ojos cuando me miran. Estoy vieja.
- ✎ A ti lo que te pasa es que estás demasiado desocupada y piensas tonterías.
- ✎ ¿Desocupada dices? Bastante trabajo tengo todos los días con el piso y las comidas. Luego para colmo me vienen los casados y cuando se van es como si hubiera pasado Atila. Si es que no paro. Desocupada dices ...
- ✎ Si Manuela, pero lo que tienes desocupado es la mente, o mejor dicho, la tienes ocupada en cosas insulsas.
- ✎ A lo mejor tienes razón contestaba Manuela ante el peso de la evidencia.
- ✎ Claro que sí. Abre los ojos y mira lo que quieres ocultar.
- ✎ Lo veo todo tan negro ...
- ✎ Eso de que tus hijos pasan de ti, o de que Alfredo no te escucha, te lo repito, son imaginaciones tuyas. Piensa como reaccionarías tu si llegaras a casa y te encontraras con caras largas sin motivos.
- ✎ No sé que decirte, si las caras largas las traen ellos.
- ✎ Pues haz lo que yo. Pruebo a poner una sonrisa de oreja a oreja aunque te cueste. Verás como ceden. Pero claro, con esa actitud tuya lo que haces es avivarles el malestar. Tus hijos son mayores y tienen sus propios problemas que deben de resolver por su cuenta. Dales un respiro y no los interrogues, verás como por ellos mismos sale el pedirte consejo. Y con Alfredo, se cariñosa y amable, si sigue igual que cuando lo conocía se lo merece.
- ✎ ¿Y a mi quien me da cariño, quien me escucha? le decía Manuela a punto de llorar Cómo me estoy acordando estos días de la abuela, que sola se sentiría la mujer.
- ✎ La primera persona que debe de escucharse eres tu misma. Tu eres la que te tienes que querer si quieres darle amor a los demás y ser correspondida , ¿no te has parado a

pensarlo? Y lo de la abuela ya no tiene remedio.

- ✍️ Alguna vez me he parado a pensarlo.
- ✍️ Una persona que no está bien consigo misma no ofrece nada bueno a los que la rodean, te lo digo por experiencia. ¿Qué te haría realmente feliz?
- ✍️ Ser útil otra vez como lo era antes. Porque claro, estudiar es una locura ya con mi edad.
- ✍️ Permítame que me ría le dijo Marta tras una sonora carcajada - ¿sabías que estoy en la Universidad estudiando psicología? le hablaba a una Isabel asombrada Pues sí chica, estoy en los cursos de los caducos, como nos decimos a nosotros mismo, y supongo que nos darán el título porque pensarán que es de nuestras últimas voluntades antes de estirar la pata. No sabe lo bien que lo pasamos y lo que estoy aprendiendo. Nunca es tarde.
- ✍️ Me dejas de piedra. ¿No te da miedo al ridículo?
- ✍️ Al principio si, pero después cuando empiezas a ir y ver a gente en la misma situación que tu pierdes la vergüenza y vas a aprender y pasarlo bien. Te lo recomiendo como terapia.
- ✍️ Vaya, vaya con Marta. Veo que no pierdes el tiempo. Bueno eso está muy bien pero ¿y la casa?
- ✍️ Un planning.
- ✍️ ¿Un qué?
- ✍️ Un planning. Mira Manuela, te cuento como yo lo hice.

Y así Marta le informó de cómo después de tomar la decisión de estudiar reunió a la familia y se lo hizo saber. Todos se quedaron estupefactos. Acto seguido les enseñó un cuadrante con lo que cada uno tenía que hacer en la casa. Tal era la seguridad que tenía y la seriedad que empleo que ninguno se atrevió a contradecirla. Todos aceptaron la propuesta y ella volvió a sentirse ilusionada.

- ✍️ Tendría que pensar en lo que hemos hablado. Déjame tu teléfono y a lo mejor te llamo para que me informes.

- ✍️ A lo mejor no, llámame en esta semana y no lo pienses mucho.

Manuela pasó varios días sin lograr quitarse de la cabeza lo que le había comentado su amiga. Había momentos en que la cabeza le estallaba de tanto pensar y pensar en lo mismo. En su casa notaron rápidamente que algo se traía entre manos. Le preguntaban que qué era lo que la preocupaba esta vez pero ella no soltaba prenda. Por fin, tras mucho recapitular tomó una decisión, volvería a ser útil otra vez.

Era un mediodía como otro cualquiera cuando Manuela decidió hacer partícipe a su marido y su hija menor de sus intenciones. Comían tranquilamente cuando empezó a hablar. Primero les contó como se sentía, que la soledad la embargaba en ocasiones, que parecía que la tenían como un objeto decorativo y no como una mujer.

- ✍️ Pero mujer, eso son imaginaciones tuyas le respondía el marido.

✍ Ese es el problema, que ya estoy imaginando lo que no hay. Por eso quiero hacer algo nuevo. Me siento mal conmigo misma y me debo el sentirme otra vez bien. No quiero llegar a desesperarme como le pasó a tu hermana Adela.

✍ Mamá por Dios no compares el sufrimiento de tía Adela contigo. Creo que tu si que has llegado a comprenderte y eso me parece bien. La verdad es que hay días que no sabe una si venir a la casa o no por la mala cara que tienes siempre.

✍ Pues lo mismo me ocurre a mi.

✍ Puede ser que si. Y bien, ¿qué has pensado?

Manuela le detalló sus planes y comprobó como todos aceptaban encantados. Al cabo de unos meses telefoneó a Marta.

✍ ¿Marta, eres tu? Soy Manuela, ¿te acuerdas?

✍ ¿Manuela? Ah! Si , que alegría escucharte, ¿cómo te va?

✍ Poco a poco me va muy bien. Te llamaba para darte las gracias por tu consejo.

✍ ¿Has pensado en estudiar?

✍ Bueno, pues es que llevo ya un tiempo en unos cursos.

Le comentó a Marta como otro día paseando se había acercado a la asociación de mujeres del barrio y había preguntado qué labor hacían. Conoció allí a un grupo de estaban en talleres de idiomas e informática y se animó a asistir. Más tarde se interesó por una ONG para atender a enfermos de Alzheimer. Lo más sorprendente era la acogida de la familia, todos colaboraron de una forma inimaginable para ella. Manuela se sentía feliz, se sentía útil, se sentía satisfecha de ella misma. Pero lo más importante, había descubierto que era lo que realmente la estaba haciendo infeliz, simplemente el no sentirse valorada. Ahora se le abría un camino nuevo y no iba a cometer la locura de hacerse de nuevo la victima y cerrar los ojos ante la evidencia, su familia la quería y ella se estaba descubriendo a sí misma. Era el principio de un hermoso renacer.

## AQUELLOS INVIERNOS

Agustina sentía que el frío de la tarde iba adueñándose de su cuerpo. Este año noviembre estaba siendo especialmente desapacible. La noche caía con una neblina pegajosa y húmeda que traspasaba la ropa y se colaba entre las rendijas de las puertas y ventanas. Agustina decidió sentarse un rato al calor del brasero y enchufar la televisión. Caras maquilladas y cuerpos poco cubiertos de ropa desfilaban por la pantalla, bostezaba escuchando historias que venían de muy lejos y que no llegaba a entender del todo.

✎ Abuela, abuela gritó Jose Antonio, su nieto, entrando como un vendabal por el estrecho pasillo de la casa.

A Agustina le cambió el rostro. Una sonrisa amplia alegró sus mejillas y estrujó aquel cuerpecito que no dejaba de moverse y reír.

✎ Abuela, tengo frío.

✎ Ahora mismo te cojo padre y verás que bien estamos.

✎ Agustina le llamó la atención José voy a dejar un rato al niño y ahora vengo.

✎ Vete tranquilo, ¿y Ana?

✎ Esta en la casa, no le daba tiempo a subir.

✎ Vale, hasta luego.

Jose Antonio traía las manos y la cara descoloridas por el gélido aire.

✎ Abuela, ponme los dibujos.

En ese momento la luz empezó a parpadear. Agustina augurando el posible corte de luz preparó un artilugio extraño a los ojos del niño. Jose Antonio veía como su abuela cortaba un trozo de tela y la retorció mojándola en aceite, a continuación descolgaba de la pared de la cocina un cacharro brillante parecido a una canoa pequeña.

✎ Abuela, ¿que es eso?

✎ Mira padre, esto es una torcía en un candil. Me parece que no va a tardar mucho en irse la luz y se me han acabado las velas, así que verás que bonita es esta luz. Este candil es de mi abuela. cuando yo era chica lo teníamos en la casa.

Un golpecito seco seguido de oscuridad confirmaron lo que Agustina había anunciado. Se había ido la luz. Encendió el candil y un resplandor tenue y amarillento se apoderó de la pequeña estancia. Jose Antonio miraba la pared con los ojos muy abiertos, la llama temblaba en sombras sobre la blancura azulada. Las figuritas del mueble parecían objetos vivos que se balanceaban de un lado a otro muy despacio. Un ruido terrible, atronador terminó por sacar a relucir unas lágrimas de sus grandes ojos.

✎ No te asustes de la tormenta chiquito que a los niños buenos no les hace nada le consolaba la abuela mientras lo acurrucaba en su regazo.

✍ Abuelita, me da miedo del rayo y de que no haya luz, ¿dónde se ha ido la luz? preguntaba el niño con voz temblorosa.

✍ Se la ha llevado la tormenta pero ya mismo la trae. ¿Quieres que te cuente un cuento? ¿El de caperucita y el lobo?

✍ No abuela, lo que quiero es que venga ya la luz.

✍ La abuela cuando era pequeña como tu no tenía miedo de los rayos, ni de que no hubiera luz.

✍ ¿Y por qué abuela?

✍ No se por qué, lo único que hacía era lavar y lavar

Agustina sintió su mente viajar en el tiempo y detenerse en aquel invierno de sus quince años, en un día muy parecido al que ahora vivía con su nieto.

Agustina no quería salir de entre las sábanas calientes, mientras su madre tiraba de ella con fuerza. No quería volver de su sueño, pero el tirón del brazo de su madre fue tan brusco, que la sacó de aquel mundo de nebulosa.

✍ Vamos Agustina, que son ya las seis le hablaba secamente.

✍ Voy madre, ya voy. es que se está tan bien en la cama contestaba remolona - ¿sabés que estaba soñando que la ropa andaba sola a Piedra Blanquilla?

✍ No digas tonterías niña y levántate ya refunfuñaba a su hija mientras hablaba en voz alta consigo misma como era posible que con todo el trabajo que había que hacer se dedicara a tener sueños estúpidos.

✍ Madre, queda ya poco para Navidad y he pensado en ver si en los baúles de la abuela tienes algún encaje que no te sirva y ponérselo al vestido verde de María. Así parecería nuevo y lo estrenaría el día de la Nochebuena para la misa del gallo.

✍ Mira Agustina, no estamos para fiestas, los pobres tenemos que trabajar y sufrir en esta vida.

Agustina miró a su madre con ojos suplicantes y ella por fin acariciándole el pelo le prometió hacer lo posible por arreglar el vestido de la hermana.

✍ Pero ahora tienes que hacer tu trabajo hija mía.

✍ Esta bien, ya me levanto.

Agustina se levantaba antes que el sol cada mañana, teniendo como objetivo principal el lavar. Pasaba más tiempo en el lavadero que en casa, soñando además la mayoría de las noches con cestas llenas de ropa. Aquella mañana el frío cortaba todo aliento de vida que salía a la intemperie. Agustina se hechó el cesto de la ropa a un lado de la cadera y emprendió la difícil tarea diaria. Todos los días las mismas caras y las mismas historias. Bajando de las Cruces se iba encontrando con otras mocetonas de su edad que silenciosas parecían hormiguitas. Las calles heladas ya habían visto pasar las cuadrillas de hombres al campo, dejando tras de si una estela embarrada, lo que las hacía más escurridizas. En algunos rincones se veían claramente las herraduras clavadas de las bestias, hundidas en la escarcha matutina. Aunque temprano y

tiritando, Agustina no paraba de hablar con Josefa, la vecina de su misma edad de dos casas por debajo. Le detallaba el sueño que había tenido esa noche.

✍ Josefa, no te puedes ni imaginar lo que he soñado hoy, no tenía ganas de levantarme para ver si proseguía. Soñaba que me casaba con un vestido de lazos, un velo larguísimo parecía volar la calle abajo. Pero, ¿sabes lo mejor? hablaba emocionada.

✍ Si, me lo imagino contestaba Josefa sin apenas mover los labios.

✍ Me casaba con Antonio. Estaba guapo de verdad susurra Agustina con la mano en la boca para no ser oída por las demás.

La lenta marcha proseguía como si de una procesión de Semana Santa se tratara. Un murmullo de paños oscuros la acompañaba. Por fin a lo lejos asomaba el tejadillo de Piedra Blanquilla. Las mujeres iban ocupando su lugar en las pilas de lavar. A un lado las de ropa blanca, al otro las de color. Las primeras comenzaban a romper la fina capa de hielo que cubría la cristalina agua, otras esperaban turno impacientes.

Agustina sintió como si un millar de agujas se clavaban en sus finas manos. Por unos minutos las manos se le quedaban inertes, las articulaciones bloqueadas, pero esa sensación paraba en el justo instante en el que empezaba a restregar una y otra vez la ropa contra la piedra oscura. En días así de frío el jabón parecía quemar. Al cabo de un rato los cánticos armoniosos acompañaban a las lavanderas, era la mejor manera de distraerse entre vuelta y vuelta a la ropa. De las canciones se daban paso a los comentarios de todos los días, quien era la próxima que se casaba, cual era la que estaba embarazada, la que era una enamorada sin posibilidades, todos los aconteces de la población pasaban a ser nombrados entre chorros de agua y pompas de jabón. Las niñas no tenían ganas de cantar, resoplaban mientras lavaban.

✍ Vaya como están estas niñas hoy gritaba Manuela teníais que haber vivido cuando íbamos a lavar a los arroyos.

✍ Di que sí Manuela, que llevas toda la razón del mundo hablaba Jacinta entonces te tenías que arrodillar en las piedras, ahora tenéis muchas comodidades.

✍ ¿Os acordáis de las dueñas de los arroyos?

Un siseo confirmaba lo que Manuela decía.

✍ La peor de todas era la Pura Nieve, era más limpia que ninguna y su arroyo estaba siempre cristalino. Lástima que no pudiera tener hijos.

Agustina y Josefa no levantaban la cabeza, seguía lavando oyendo las conversaciones de fondo.

✍ Yo ya me marcho Josefa, tengo que llevar la ropa a mi madre y voy a ver si la señora Angelita tiene hoy ropa para lavar.

✍ No sé como puedes lavarle la ropa a esa bruja.

✍ Ayer me dio de merender pan y salchichón. Cuando me iba me entró en una bolsa dulces para mis hermanos. Es muy buena conmigo. Yo voy a ir, ¿te vienes entonces?


✍ No, no voy.


 Pues hasta luego.


Agustina marchaba con la cesta bien sujeta, ahora que la ropa iba mojada pesaba mas de la cuenta. Mientras caminaba lentamente, clavándose las piedras de la calle empedrada pensaba en el colegio. Le gustaba asistir a las clases de don Marcelino, era lista y había aprendido muy deprisa a leer, tanto que el maestro le dejaba que enseñara a otros niños más pequeños. Le hubiera gustado seguir en la escuela para poder haber llegado a ser maestra, pero su madre le había quitado esas fantasías de la cabeza. Los pobres como nosotros, le había dicho, no pueden tener esas ideas, tu tienes que trabajar para poder comer. Así que con ocho años dejó las clases para dedicarse a las faenas domésticas. En una casa con siete hermanos siempre había algo que hacer, y para fastidio de ella, le había tocado uno de los peores papeles ya que era la segunda hermana mayor y tenía que dedicarse además al cuidado de los más pequeños que se traducía en una cantidad alarmante de gasas y camisetitas que lavar todos los días. Lo bueno que tenía era su persistencia en las cosas. Aunque no podía asistir a clase con regularidad, empleaba alguna de las pocas horas libres que tenía en estudiar. Don Marcelino al ver su empeño le entregaba semanalmente la materia de estudio y los sábados por las tardes ella se ponía su mejor vestido e iba a su casa a entregarle las tareas y a preguntar lo que no supiera. La familia del maestro le había cogido mucho cariño y la animaban a seguir adelante, aunque en el fondo sabían que esa situación no iba a durar mucho, que en pocos años se casaría y tendría que cuidar su propia familia, mientras tanto una adolescente tambaleante por el peso no dejaba de subir la ropa a las casas.

Después de la consabida colada de Angelita, Agustina llevaba alegremente unos kilos de patatas para su madre. Ya en casa tocaba el turno para ir a por agua al chorro. La mayoría de las veces lo hacía su madre por los problemas que ello reportaba. Esperar una larga cola y aguantar en muchos casos las peleas y los malos modos de las vecinas que miraban con recelo por si alguien se intentaba colar. El chorro no quedaba lejos de casa, así que por la noche su hermano más pequeño solía poner los cubos en las interminables filas que llegaban a rodear la calle.


Agustina sonreía recordando las trastadas que algunos niños hacían con los cubos.


 Tu madre Jose Antonio era muy mala de chica le decía a un niño ansioso ya de historietas.


 ¿Y le reñías, abuela? ¿Y le dabas tras tras en el culo? preguntaba el inquieto niño gesticulando con la mano el movimiento del “tras tras”.

 Claro que le reñía y le castigaba porque se dedicaba a cambiar los cubos de sitio y por las mañanas las mujeres llegaban a pelearse por descubrir quien era la que intentaba colarse en la fila.

 Y ¿no había grifos abuela?

 No, no los había.

 Entonces, ¿qué os bañábais en los charcos?

 No chiquito, teníamos una ducha que era como una regadera, le dabas la vuelta a los

agujeritos y salía el agua, pero te tenías que dar prisa porque se acababa enseguida.

✎ Eso no me gusta abuela, mi mami me deja jugar con los coches en la bañera y llenarlos de espuma.

✎ Bueno, pero en verano si se podía jugar. Ponía el baño de zinc en el corral y se calentaba el agua al sol. Era como una piscinita. Además cuando no había piscina municipal tu padre y tus tíos se iban a los pilones a bañarse.

De pronto una luz brillante se hizo dueña de la estancia. El niño dio palamaditas de alegría. La televisión volvió a funcionar, pero Jose Antonio dio un salto del regazo de la abuela y la apagó.

✎ ¿No quieres ver los dibujos? preguntaba la abuela mientras apagaba el candil dejando una estela humeante tras de sí.

✎ No, quiero que me cuentes más cuentos de cuando eras chica insistía el niño tirando del jersey de la abuela.

✎ Es que tengo que preparar la cena para tu tito que pronto llegará.

✎ Que me cuentes cuentos abuela, que me los cuentes chillaba el niño con los ojos vidriosos.

✎ Bueno, vale, me ayudas a preparar la comida y te cuento más cosas, y si eres bueno me ayudarás a hacer gachas.

✎ ¿Qué son gachas abuela?

✎ Gachas es una cosa que está muy buena y además le decía la abuela en un susurro se echa en las puertas de las casas.

El niño se sentaba en la sillita alta de la cocina dispuesto a escuchar las historias de la abuela. Agustina le acariciaba el pelo y se dejaba llevar a aquel día de todos los santos. Entonces toda la mocedad del pueblo se dedicaba a preparar las gachas para echarlas en la puerta de la chica que querían para novia. Con el duro trabajo diario había pocas ocasiones de fiestas o celebraciones, y el día conocido por “el de las gachas” era muy apropiado para buscar novia. Los varones se reunían en alguna casa y las preparaban, ya a la caída de la tarde las jovencitas nerviosas esperaban impacientes que le llenaran la puerta del tan preciado elemento.

Agustina estaba doblando la ropa y preparando las canastas para el día siguiente cuando sintió el alboroto en su puerta, su madre estaba descuidada remendando unos pantalones, los hermanos jugaban tranquilos. Ella salió con disimulo de la sala y se asomó por entre las rendijas de las persinas de la ventana del dormitorio. Antonio, escoltado por otros muchachos de la calle estaba transformando la oscura puerta de madera carcomida en una pasta lechosa y escurridiza, aunque se iba poco a poco adhiriendo a la madera e impregnaba el aire de un olor dulzón, tal y como el corazón de Agustina se estaba volviendo. Las risas precedieron a la huída de los jóvenes ante la presencia de una luz en la oscura calleja. El corazón de Agustina latía con una fuerza incontenible, seguro que después de esto me saca en el baile del domingo, pensaba con la impaciencia de la juventud desbordante. Aquél domingo en casa de Josefa, Agustina se

esmeraba en peinar su larga melena negra, resultando ser una cascada brillante sobre el vestido de paño oscuro. Un lazo como único adorno resaltaba el óvalo sonriente.

✍ Te lo dije Josefa, Antonio era para mi. Estoy segura de que hoy me sacará en el baile.  
Cuando llegue la hora creo que me caeré de la emoción.

✍ Hay que esperar a ver que pasa le hablaba una Josefa prudente.

✍ Te digo yo que sí, la otra tarde me miró como nunca lo había hecho. Me dio hasta vergüenza de cómo lo hacía. Venía junto a los demás arrieros y no me quitaba la vista de encima.

Agustina le contaba a Josefa como le gustaba ver a los arrieros volver del campo a la caída de la tarde. Muchas veces lavaba hasta tan tarde que casi le daba la noche y entonces era cuando los veía llegar. Con las camisas blancas, sucias y sudorosas por la labor, algunos traían los aperos del campo a hombros, otros tiraban de bestias remolonas entonando con unos labios sonrientes las canciones más bellas para los oídos de las niñas.

✍ Pero abuelita, ¿tu tenías una cuadra para guardar los caballos como mi padre?  
interrumpió el niño a la abuela.

✍ Mira Jose Antonio, antes en casi todas las casas había cuadras para guardar los animales.  
No había mulas mecánicas ni tractores, todo se hacía con las bestias le hablaba la abuela mientras batía con fuerza la leche con harina.

✍ Una mula mecánica ¿es una mula con ruedas? preguntaba el niño inquieto en la silla.

✍ No, es una máquina. Las mulas de verdad, las que tienen patas entraban a las cuadras por mitad de las casas, se ponían alfombras  
larguísimas de esparto para que no se escurrieran con las herraduras.

La leche empezaba a hervir dando un aroma apetecible. Jose Antonio se aupó en la silla para ver cocer el líquido.

✍ Abuela, tengo ganas de leche con galletas.

✍ Ahora mismo te la pongo. Esta es leche de las vacas del pueblo, la otra de las cajas no sabe a nada.

Tras el caliente tazón de leche el niño se relamía. La abuela continuaba elaborando las gachas y la cena a la vez. Fueron unos minutos de silencio, tan solo roto por el traqueteo de los cacharros de la cocina y de los sorbos del niño a la leche.

✍ Jose Antonio, ya va a venir el abuelo, así que termina de beberte la leche pronto.

En ese momento el abuelo hizo su aparición. Traía el abrigo gris totalmente mojado, se lo quitó y se arrimó al brasero.







✍ Vaya noche de perros que hace.

✍ Abuelo, ¿hay perros en la calle?

✍ No Jose Antonio, que hace mucho frío. ¿Cómo os habéis apañado sin luz? preguntó mirando también la leche caliente.

✍ La abuela ha quemado un trapo, pero todavía no hemos entrado a las bestias a la casa

abuelo, ¿las vas a entrar tu?

-  Pero que dice este niño. Seguro que la abuela te ha estado contado historietas.
-  La abuela dice que tu manchabas la puerta de la casa con gachas y también que iba a lavar la ropa a Piedra Blanquilla, y que no había grifos, y que había ducha de agujeros, y que iba al baile, y ...
-  Para ya Jose Antonio le hablaba en voz alta el abuelo me pones loco.
-  ¿Te acuerdas del baile?, Antonio, yo iba muy guapa y tu te enfadaste porque Pepe me quería sacar a bailar le hablaba suavemente la abuela poniéndole la mano encima del hombro.
-  Como se me va a olvidar. La abuela Agustina era la más guapa del pueblo. Unos pasos llenaron la estancia. José, el padre de Jose Antonio volvía a por el niño.
-  Vaya con la noche que se ha puesto. ¿Habéis pasado miedo sin luz?  
El abuelo, la abuela y el niño se miraron y se echaron a reír. José no entendía de que se reían y cogiendo al niño en brazos se despidió de los padres. Ya en el dintel de la puerta el niño se volvió a los abuelos y a gritos se despidió.  
- Abuela, mañana vengo otra vez y apagamos la luz, encendemos el trapo y me cuentas lo del baile, ¿vale?

## LAS ÚLTIMAS NAVIDADES

María andaba más despacio que de costumbre aquella mañana. Caía un agua nieve que volvía las calles pistas de patinaje, a ello se le acompañaba de una neblina persistente, fría y espesa que no dejaba ver una par de metros por delante. A cada paso la artrosis se le clavaba en todo el cuerpo, aquella humedad no le hacía ningún bien. Pasito a pasito, con sus zapatillas de paño negro bajaba la cuesta que la llevaba al centro del pueblo, donde estaban las tiendecillas y supermercados. A duras penas consiguió llegar. Una calor que sus viejos huesos resentidos agradecieron le llegó al traspasar el umbral de la tienda de las Lechuzas, donde toda la vida había ido a comprar. El comercio se había convertido desde hacía algunos años en un espacio amplio con estanterías perfectamente ordenadas. A un lado los productos de droguerías, al otro tras unos cristales los embutidos, al fondo géneros de mercería. Con la ampliación habían tenido que buscar dependientas nuevas, dos muchachas jóvenes que trataban con agrado a la clientela y que todos los días tenían palabras amables para María. María José que vivían cerca de ella, incluso le acercaba la compra y hacía compañía. La veían muy sola. Le había cogido mucho cariño a la anciana que pasaba la tarde cosiendo para sus nietas y escuchando la radio.

- ✍ Buenos días María, ¿qué va a querer hoy? le saludaba María José con una sonrisa clara.
  - ✍ Ay hija mía, no sé ni lo que voy a comprar para mi sola. Ayer me tomé un caldito y hoy creo que voy a comprar verdura contestaba María llevándose la mano a la cintura en gesto de dolor.
  - ✍ Lo que usted quiera María. ¿Le duele la cintura?
  - ✍ Con mas de noventa años me duele todo. Lo peor es esta artrosis que con la humedad me come por dentro, a mi me gusta más el verano, aunque la gente se queje de la calor.
- Todos los días tenían su ratito de conversación a la que en ocasiones se les sumaban otras vecinas.
- ✍ María, la semana pasada fue al médico a Córdoba y me encontré con tu nieto, estaba guapísimo. Me dijo que tienes otro biznieto en camino, ¿cuántos van ya?
  - ✍ Con este que nazca de mi Cristina son seis. Quiero que sea una niña. Ya le he dicho que aunque tengan ya una, las niñas son más cariñosas y están mas con sus padres.
  - ✍ ¿Y ella por donde anda? le preguntaban con malicia.
    - Está muy bien, sigue en Gerona trabajando en los hoteles que se quiere casar el año que viene y la vida está muy cara.
  - ✍ ¿Se va a casar con ese extranjero? Seguro que no se casan por la Iglesia.
  - ✍ Da igual mientras se quieran. Sufrió mucho con su antiguo novio y ahora le va bien.
  - ✍ Viene poco, ¿verdad?

✍ La gente joven tienen mucho que hacer siempre. Cuando pasen las Navidades me quiero ir a casa de mi Alfredo a terminar de pasar el invierno, ellos tienen calefacción en su casa y no hacen nada más que insistirme en que me vaya.

María José le dio a María la bolsa con las acelgas y habicholillas. María salió del establecimiento rumbo a la solitaria casa.

✍ Que infeliz es esta mujer, parece hasta que está un poco tonta, mira que decir que el nieto quiere que se vaya con ella si no viene aquí ni a dar una razón. No la llama nada más que cuando se va de vacaciones y quiere una niñera, irse allí es trabajo para esta mujer y ya no está como para echar cuentas de cuatro niños pequeños, está muy torpe.

✍ No tenía usted que haberle hablado de esa manera, ella sufre cuando se le dice que sus nietos no vienen a verla, lástima que su única hija muriera tan joven le hablaba una María José subiendo el volumen de voz.

✍ Anda niña, termina de despachar y no te metas en lo que no te interesa.

María entraba en una casa tan cansada y sola como ella. Lo primero que se encontraba al abrir la puerta era la dichosa humedad del rincón que no había habido manera humana de quitarla. Había tenido que cambiar los palos del techo en diferentes ocasiones porque, conforme la humedad se iba adueñando del lugar la madera iba pudriéndose sin otra opción que la ir renovándola. Lástima que mis huesos no sean de madera, pensaba María, así los podría cambiar y no soportaría este dolor que me hace inútil. Después de una frugal comida, se sentaba en el sillón encendiendo la radio que tenía desde la guerra. También en la pierna conservaba un trozo de metralla que no se lo quitaron en su tiempo y que ahora se había convertido en parte de su cuerpo pues había sido miliciana. Tenía todavía guardada entre el colchón de lana, que sacudía y mullía todos los días con mucho esfuerzo, la escopeta de combate, con la que había resistido en primera línea de fuego el ataque de los nacionales. En sueños, María se veía otra vez joven, con el arma a la espalda al lado del que luego sería su marido, luchando por lo que ellos creían justo. Al despertar veía con claridad que cualquier guerra era absurda y que unos ideales no justificaban la muerte de nadie. Se acordaba entonces de haber tenido que comer raíces porque había días en que no tenían otra cosa. Fueron años muy difíciles para todos, había pasado mucha hambre pero no fue infeliz, estaban todos juntos, Francisco, un hombre fuerte y alegre que miraba el futuro con optimismo y su hijita del alma, que hacía con sus travesuras las delicias de sus padres. La falta de bienes materiales se suplía con mucho cariño. Ahora preferiría mil veces volver a lo de antes, a pasar necesidad, pero teniendo a su lado a su hija y a los nietos. El gran problema era que en el pueblo había poco trabajo, viéndose obligados a irse a buscarse la vida en otros lugares apartados. Al principio pensaron en llevarse a la abuela cuando ya se instalaran y se hicieran a otros lugares. La cosa se fue demorando por la llegada de los hijos. Ahora ya no se oía conversación sobre ella pues había pasado a ser un objeto más de aquella casa, un recuerdo agradable de su niñez que tenían disponible para cuando quisieran.

María escuchaba la pegadiza melodía que le anunciaba la novela. Era la única emisora

que todavía emitía un serial a la antigua usanza y ella lo recibía con una leve sonrisa. Por una hora se olvidaría de todo y lloraría por aquella mujer despechada que contaba sus penas a través de las ondas.

La tarde caía pesadamente sobre la salita de una casa bastante oscura. En esas horas de entreluces las fotografías que forraban las paredes parecían mirarla y sonreír. Algunas estaban ya amarillentas por el paso del tiempo, niños regodertes que miraban sorprendidos, paisajes alegres del campo, fotos de nietos, de biznietos, de instantes de felicidad captados por el objetivo de una cámara y que ahora servían a la dolorida mujer para recordar a los suyos. Mientras miraba detenidamente las fotografías, como cada día, pensaba en cuáles tenía que cambiar los marcos ya carcomidos o descoloridos por el paso del tiempo, pero pronto se olvidaba hasta el día siguiente en que volvería a pasársele por la cabeza.

Alguien la llamó a voces.

 María, María, que le llama su nieta por teléfono. Salga usted.

Después de llamarla por tercera vez María se percató y salió de la casa para dirigirse a la de por encima. Le preguntaba cómo estaba, le hablaba de los preparativos de su boda, también le hacía la archiconocida promesa de llevársela consigo en cuanto tuviera todo listo. María asentía con emoción las palabras que le llegaba tan lejanas. Hacía tanto tiempo que no la había visto que incluso había momentos en que su rostro se difuminaba en su cabeza, por eso se acordaba de su hija que era tan parecida cuando de pequeña jugaba con la muñeca de cartón que tanto esfuerzo le había costado comprarle y que le reportó un gran disgusto la noche en que la olvidó en el corral, encargándose la lluvia de hacerla desaparecer hecha

trozos por el caño. Antes de terminar la comunicación unas palabras mágicas resonaron con fuerza en el cerebro de María, su nieta iba a volver para Navidad. Había hablado también con los hermanos y se iban a reunir todos en la Nochebuena como no hacía años que lo hacían.

Después de colgar el teléfono y cruzar cuatro palabras con la vecina, María se fue a casa. Se sentó nerviosa en el viejo sillón pensando en los preparativos para cuando vinieran sus hijos. Lo primero de todo al día siguiente era llevar la cartilla del banco y sacar dinero, tendría que comprar bastante comida para todos. Contaba con sus manos enjutas una y otra vez los miembros de la familia sin olvidarse de ninguno, como queriendo hacer incapié en los muchos seres queridos que tenía. Luego le diría a María José, la niña tan amable de la tienda que la ayudara a preparar la lista de la compra y un plan de comidas para esos días, así no tendría que preocuparse de tantas cosas luego teniendo todo el tiempo posible disponible para estar con ellos. La alegría embargaba a María y hasta le hacía olvidar los dolores.


Esa noche la pasó desinquieta, se despertaba viendo claramente a todos reunidos entorno a la mesa. Volverían a recordar juntos su niñez, cómo aprendieron a montar en aquella bicicleta que su abuelo les hizo de trozos de otras viejas que se encontraban en el vacío, o la cabaña que construían al caer la tarde al lado del cortijo junto al gran alcornoque en la época de las aceitunas. A pesar de estar la mayor parte del tiempo tirados en el campo María prefería


aquellas penosidades a estar sola como lo estaba ahora. Menos mal que, por fin, iba a ser por poco tiempo. Ahora la vida se le presentaba de otra manera, los pocos años que le quedaran los iba a pasar rodeada de cariño. Cerraría la vieja casa y con ella los tiempos infelices pasados en soledad.


María llevaba ya un rato despierta cuando los primeros rayos de sol se colaron por entre los postigos de la vieja ventana de madera. Se levantó sintiéndose más ágil que de costumbre, hasta se permitió disfrutar de un copioso


o desayuno, la alegría por la llegada de sus nietos y la Navidad le había vuelto a abrir el apetito. El tiempo también se había aliado con ella, después de unos días de lluvias y nieblas se abría paso un sol espléndido al que, eso sí, le acompañaba el frío.

Llegó a la tienda y María José notó rápidamente algo diferente en la anciana mujer. Se fijó en su moño perfecto, había días en los que no se explicaba como conseguía hacérselo, el pelo completamente cano contrastaba con el negro riguroso de su ropa. La toquilla de lana tejida a mano era la misma que otras veces. El cuerpo encorvado seguía siendo frágil y pequeño. Sus ojos, eso era, sus ojos brillaban de forma especial, acompañando a una sonrisa perenne en su rostro aquella mañana.


 Buenos días María, hoy la veo muy contenta.

 Pues si niña, mi Cristina me ha llamado y vienen todos para Navidad. Luego me llevarán con ellos. Estoy muy contenta. Ahora lo principal que tengo en la cabeza es tenerlo todo preparado para cuando lleguen. Había pensado en que si podías ayudarme a preparar la lista de la compra y las comidas, te lo agradecería mucho, yo ya estoy vieja y se me olvidan las cosas.


 Pues claro que sí, no se preocupe que esta tarde mismo cuando salga de trabajar voy a su casa.


 Gracias, gracias. Que Dios te lo pague.

María salió de la tienda con la vista perdida, sólo tenía pensamientos para la vuelta de sus nietos. Contaba mentalmente los días que quedaban y no se lo podía creer, cinco días para estar todos juntos. Tendría que darse prisa si quería tenerlo todo listo. Haría roscos y pestiños que tanto le gustaban a su Alfredo, otro día migas a Cristina, para Soledad haría diligencias en comprar unos kilos de niscalos, no se podía olvidar tampoco del chocolate para los más pequeños. Parecía mentira que tanta felicidad iba a caerle de pronto a la mujer. Don Rafael, el médico, se encontró con la mujer calle arriba.

 Buenos días María, ¿cómo se encuentra hoy?

 Mejorcita Don Rafael, gracias.

 Se le ha olvidado venir a recoger los análisis, pásese mañana por la consulta. Quisiera hablar con alguno de sus nietos, ¿cuándo vienen por aquí?

 Pues en cinco días los tengo a todos conmigo, los biznietos también van a venir. Luego me voy a ir una temporada con ellos, todavía me necesitan y mi sitio es donde estén ellos

asentía apretando con fuerza la bolsa de croché con mango redondo de pasta que siempre llevaba consigo.

- ✍ PUES cuando vengan, que lleguen a verme sin falta le hablaba cariñosamente el médico volviendo a coger el maletín negro que había depositado en la acera.
- ✍ No se preocupe Don Rafael que ya les diré yo que quiere saludarlos en cuanto vengan, verá usted que guapos están todos. Hasta mañana.
- ✍ Hasta mañana María, no se olvide que la estaré esperando.

El médico vió subir la cuesta a la mujer. La admiraba porque sabía de su historia, del trabajo y tesón había sacado a sus nietos adelante al enviudar y morir además su hija. Ahora sentía una profunda tristeza al ver a aquél cuerpecito titubeante subir la empinada acera. Los análisis habían arrojado que ya pocas Navidades iba a pasar en este mundo. Esperaba de todo corazón que fuera verdad que los nietos la recogieran, merecía todo el amor del mundo, pero ya se sabe que en muchas ocasiones los niños antes pegados a las faldas de su madre se volvían prepotentes y egoístas, no echando cuentas de la mujer que no solo le había dado la vida sino que había sacrificado la suya para criarlos como mejor había podido. Después del día de Navidad pasaría por su casa a hablar con ellos porque a María seguro que se le olvidaría ir a recoger el resultado de los análisis y sería mejor ya de paso explicarle a esos irresponsables que su abuela estaba muriéndose, que tenían la obligación de cuidarla por lo menos en sus últimos meses. El cuerpo a costa de maltratarlo con el duro trabajo se lo recompensaba con un aluvión de dolores y secuelas. Los nietos que debían de tenerla en palmitos la olvidaban, que era el mayor de los desprecios que se le puede hacer a una madre, porque su abuela había sido además una madre para ellos.

El médico siguió su camino, todavía le quedaban varios enfermos que visitar. Un vientecillo persistente hacía sonar los adornos navideños que colgaban de algunas calles. Las luces de colores se encendían al atardecer para alegría de los más pequeños. Me gustaría ver a esta mujer de la mano de sus nietos enseñándole el árbol de Navidad del Paseo, pensaba el médico lanzando un suspiro al aire.

Al atardecer se presentó la esperada María José con una libreta de hojas cuadriculadas dispuesta a ayudar a la mujer en sus preparativos. Se sentó a el calor del brasero de picón y empezó a escribir la lista de cosas que María le iba diciendo, aconsejándole en algunas que creía que iban a gustar más a los nietos. Por fin después de dos horas de dar vuelta a los platos de comida y otras pequeñeces María José se despidió prometiendo preparárselo todo y acercárselo a la casa para que ella no tuviera que andar con el mal tiempo por la calle.

Pasaron los días y María se impacientaba no recibiendo ninguna llamada con la hora en que vendrían. Será que con los preparativos del viaje no tienen tiempo de llamarme, le decía al gato mientras los imaginaba llenando alegres las maletas. Las cajas de comida acompañadas de otros utensilios llenaron el pasillo de la vieja casa, María estuvo muy ocupada colocándolo todo, así como preparando su propio equipaje. Se llevaría sólo lo imprescindible, tampoco quería

molestar demasiado, bastante hacían ya las criaturas en recogerme, pensaba en voz alta. Lo que sí le preocupaba de verdad era el gato. El animal había sido su única compañía en muchos años y le daba pena desprenderse de él, pero sabía que era imposible que lo acogieran en un piso. Decidió regalárselo a María José, le hacía mucha gracia verlo cuando iba a casa. El gato, que era poco amigo de nadie, le hacía arrumacos a la joven y se dejaba acariciar el lomo mientras estaba sentada en la mesa camilla conversando con su dueña.

Llegó el ansiado día de la Nochebuena, María José fue a ver a María nada más terminar del trabajo.

- Buenas tardes María, vengo a echarle una mano. Como hoy es Nochebuena me han dejado salir al mediodía. ¿A qué hora llegaron?

✍ Supongo que, como anda el tráfico, vendrán ya para la cena. ¿Me ayudarás a poner una mesa bonita? Yo nunca me he dado maña, siempre he sido poco lista para las finuras.

María José se esmeró en una mesa donde resaltaba el color blanco. Había dispuesto de pequeños platitos de golosinas, mantecados, bombones y otras delicias. En la cocina se acumulaban los platos de embutidos y en la olla cocía el pavo que tanto trabajo le había costado a María trocear. Se despidieron hasta la mañana siguiente en que iría a conocer a sus nietos.

María se entrelazó las manos y se sentó a esperar. Los minutos pasaban como si fueran horas, pero nadie traspasaba el umbral de la puerta medio abierta. La noche se fue cerrando con un viento que hacía temblar los palos del tejado. La lluvia hizo su aparición mientras María agudizaba el oído creyendo oír en repetidas ocasiones la bocina de un coche que llegaba a la puerta. La oscuridad siguió su curso y nadie apareció en el hogar,

ni una llamada de teléfono para excusarse. María lloraba sintiéndose más vieja y sola que nunca, intentaba pensar que el mal tiempo los había retenido dejando para mañana el feliz encuentro, pero su cabeza ya no podía evitar por más tiempo estar en total desacuerdo con el corazón. Las lágrimas le corrían por la piel arrugada encogiéndolo aún más sus ojos que una vez fueron hermosos y llenos de vida, ahora el velo de la muerte los cubría dejándolos apenas perceptibles a los demás. Echada en el sillón pasó la última Nochebuena con sus recuerdos y con una pizca de esperanza de que todo era un sueño. El brasero se apagó y la muerte se apropió de aquel cuerpo. Las esperanzas se acabaron para siempre. A la mañana siguiente María José entró y vió el dantesco espectáculo. Llamó con todas sus fuerzas a unos vecinos todavía soñolientos por la fiesta del día anterior. La joven lloraba amargamente cogiendo la mano a un cuerpo rígido y helado que ya nunca volvería con los suyos, mientras, el gato relamía los platos de dulces dispuestos ordenadamente en la mesa.

## **EL RETORNO DE SOLEDAD**

Soledad sentía una emoción fuera de lo normal aquél día de su retorno al pueblo. Volvía después de veinte años a su localidad natal. Demasiados recuerdos se agolpaban en su memoria, tantos que la hacían sentirse inmensamente cansada. El viaje estaba resultando demasiado doloroso para ella, no sabía a ciencia cierta que se iba a encontrar. Pensaba con agrado en su casa, el Paseo, la Iglesia. Tan sólo en dos ocasiones había vuelto en visita fugaz. La primera para la boda de su hermano Alfredo. Después para asistir al entierro de su abuela, llevándose consigo un sentimiento de culpabilidad por haber estado lejos de ella en esos momentos que la necesitaba. Pero de eso hacía ya muchos años y tan sólo había pasado unas horas allí. Ahora volvía con todas sus pertenencias en dos viejas maletas de piel, sola y abatida.

La carretera empezaba a serpentear pronunciadamente, era señal de que el pueblo estaba cerca.. Luisa apartó con dificultad las cortinillas que le impedían ver el paisaje. Un sol radiante le cegó por un momento, cuando por fin los abatidos ojos miel pudieron ver lo que había tras el cristal, unas lágrimas rodaron por sus mejillas. Todo seguía igual, gracias a Dios. Los pinares mostraban su verdor insultante, los pájaros revoloteaban, la sierra estaba en todo su esplendor primaveral. Sintió la necesidad de abrir la ventanilla y saltar al campo, quería impregnarse del aroma a jara y tomillo que sabía que había, pero tendría que dejar para más tarde lo del paseo por entre los árboles, tampoco podía olfatear el aire, la ventanilla no se abría y quedaba ya poco para llegar al pueblo.

Por fin divisamos la mole blanca en forma de corazón que se escondía tras las montañas. Cualquiera imagina que entre la sierra hay un pueblo, pensaba mientras observaba a Soledad sonriente e impaciente por llegar. Hacía tanto tiempo que no nos veíamos que seguramente ella no se acordaba de mi. La veía igual que antes, siempre había sido una mujer muy bella, aunque ahora los ojos acaramelados eran dueños de una tristeza infinita. Por lo demás seguía delgada y alta, con ese porte de modelo de alta costura del que siempre había gozado. Yo la miraba en silencio como siempre lo había hecho.

Desde pequeña el haber vivido en la casa de enfrente me había dado la ocasión de disponer de una atalaya para dedicarme a observar a las hermanas. Algo extraño me atraía de ellas. Creo que el hecho de que aquella echadora de cartas llegara un día al pueblo fue el principio de esa manía persecutoria que me acompañaría obsesivamente en mi juventud a espiar a esas mujeres.







Aquella tarde de invierno fue especial. A la abuela María le fascinaba ese mundillo del tarot, mi madre contaba que siempre había sido algo bruja y que asustaba a las demás niñas cuando la molestaban en algo. Pues bien, una tarde nos reunimos las vecinas de la calle en su

casa, yo era muy pequeña y no entendía muy bien de que se trataba el tema. Una mujer con el pelo negro como el carbón llegó y se sentó en la mesa que se le había dispuesto con un mantel oscuro. Una a una las vecinas fueron pasando por la mesa camilla a que la mujer les leyera el futuro. Al llegar a Adela,

la mayor de las hermanas la mujer quedó silenciosa, le cogió las manos y se las miró repetidas veces, Adela mientras reía escandalosamente. La mujer la apartó y cogió la mano de la otra hermana, y así hasta la pequeña. Al final agachó la cabeza, le dijo algo a la abuela al oído y se marchó. Las muchachas se arremolinaron alrededor de la abuela en busca de una explicación. La abuela no abrió los labios dando por terminada la tarde. A las jóvenes se les pasó pronto las ansias por saber lo ocurrido y salieron a la calle, seguidas de las demás vecinas. La habitación quedó solamente con la abuela, mi madre y yo que por ser pequeña y no entender bien las cosas me dejaron allí. La abuela entonces le confesó a mi madre el gran secreto, las mujeres de su familia estaban presas de una extraña maldición desde hacía años. Escuchamos sorprendidas las declaraciones que iba desgranando poco a poco. Nos contó como hacía ya varias generaciones que una mujer de la familia se fugó con otro estando ya casada, y que aquel individuo buscó a una bruja para lanzarle una maldición. Aquella antepasada tuvo hijos con su amor prohibido y así llegamos a hoy en día. La abuela siguió contando los males que iban arrastrando las mujeres que se iban convirtiendo en malditas, yo perdí el hilo de la conversación cuando un sopor se fue apoderando de mi, quedándome dormida en brazos de mi madre.

Tras unos minutos eternos el autobús se paró. Ella esperó a que salieran los demás y pisó el suelo de su pueblo con tranquilidad, ya estaba en su casa. Miró alrededor, pero nadie la esperaba.

Ojos interrogantes se posaron en ella, por lo que al percatarse se apresuró en recoger el equipaje y tomar la calle camino de la casa de sus padres. La cuesta arriba se le hizo más empinada que nunca, su cuerpo se resentía del largo viaje y de las noches de insomnio de los últimos meses. Por fin llegó a la casa. Tras varios golpes se dio cuenta de que su tío no estaba. Que raro, pensó, si le escribí diciéndole que día llegaba, habrá salido al campo.

-  ¿A quien buscas? le pregunté fingiendo no conocerla.
-  Buenos tardes, soy la hija de Rafalito y Margarita, y busco a mi tío.
-  Que alegría volverte a ver. Soy Ana, ¿me recuerdas? le dije mientras la abrazaba efusivamente - ¿vienes de visita? le pregunté mirando las maletas de reojo.
-  No, vengo para quedarme. Pero vamos a ver, tu debes de ser entonces la pequeña Anita, la hija de Agustina me decía emocionada Madre mía, como has crecido, cuando me fui eras apenas una niña.
-  Pues ya ves, he crecido un poco. Tu sin embargo no has cambiado en nada, estás igual que te recuerdo le pregunté dándome cuenta de que unas vecinas escuchaban la conversación a unos metros.
-  He vuelto a buscar a mi casa dijo Soledad volviendoles la espalda, haciéndome el gesto

de alejarnos de allí.

✍ Tu tío habrá ido al campo, siempre lo hace a estas horas. Pasa si quieres a mi casa y descansa un poco. Te noto agotada.

✍ Niña le llamó una de las mujeres a voces - ¿no eres tu la Soledad, la hija de Margarita?

✍ Si que soy yo.

✍ Pero niña dime le volvió a interrogar ya acercándose todo el grupo - ¿has vuelto al pueblo? Se había comentado que te habías ido con aquél maestro, pobrecitos niños que se quedaron solos insistió la mujer.

✍ Se me había olvidado que en este pueblo la gente se entromete demasiado en la vida privada de los demás le contestó dándose la vuelta y cogiendo las maletas.

✍ Vaya poca vergüenza que trae, no quiere parecerse a su madre.

Sin hacer caso, entramos en mi casa. Soledad se derrumbó en el sillón y comenzó a llorar amargamente. Le traje un vaso de agua, dejándola un rato sola con su dolor. En la cocina me dediqué a colocar la compra. Soledad sollozante entró en la cocina, esperé a que ella hablara.

✍ La vida no me ha ido bien. Estoy destrozada.

✍ No te preocupes, ahora lo que debes de hacer es tranquilizarte y ya hablaremos, ¿vale?- le dije sonriente.

✍ Si, así lo haré. Vaya, tu que eres más pequeña me das buenos consejos. Por cierto, ¿te has casado? Dijo mirando de reojo la fotografía de mis Isabel y Jose Antonio, mis dos hijos, que sonreían desde el marco del mueble.

✍ Si, me casé hace seis años.

✍ Como pasa el tiempo. Dios mío que vida ésta.

- ¿Quieres un café?

Soledad esperó durante toda la mañana la vuelta de su tío del campo. Cerca ya del mediodía volvió y sin apenas mirarla ni mostrar gesto de alegría entraron los dos en la casa.

Los nervios me abrasaban por dentro. Me hubiera gustado haberme podido colar por las rendijas de la ventana para ver la conversación que allí tenía lugar, pero era imposible saberlo, así que opté por seguir con la faena diaria, era sábado y había mucho que hacer.

La puerta de la casa no se abrió en todo el día. Por la tarde sentí tocar suavemente y al abrir me encontré con Soledad. A primera vista no noté en su rostro nada particular que me hiciera saber que es lo que había ocurrido entre aquellos muros. Ella tampoco hizo ningún comentario. Venía a preguntarme si sabía algo de su hermana Cristina.

✍ Hace tiempo que no sabemos nada. Sin embargo, tu hija sí que ha vuelto al pueblo.







✍ ¿Con su padre?

✍ No, con su tía María. Juan ha rehecho su vida con Encarna, la hija de Tablones. Tu hijo José nunca se ha marchado.

Soledad se despidió. La ví de espalda bajando la calle con rapidez. Un nudo se adueñó de mi estómago pero no veía con claridad el momento de decirle que yo me había convertido en su

nuera. José estaba de viaje fuera del pueblo y mientras esperaba resolver la situación. Parecía mentira por todo lo que había pasado esa mujer. Yo no conocía a nadie que se hubiera atrevido en el pueblo a lo que hizo ella, fugarse con otro hombre y dejar a su familia. Se había buscado la vida, pero ésta le había dado un revés inesperado. Ahora volvía al pueblo con la frente marchita, como la canción de Gardel. Viendo su figura perderse por la calle me venía a la cabeza el escándalo protagonizado por Soledad bastantes años antes, al igual que lo hiciera su antepasada. A sus cuarenta años había llegado ya a su punto de inflexión. La vida no había sido ni buena ni mala, más bien regular que es peor que lo anterior, tenía que darle un giro definitivo. Algo en su interior se lo pedía y también se lo anunciaba. Ese sentimiento de estar siempre en medio de ninguna parte la acompañaba en cada una de sus actuaciones. Se había casado con veinte años, por aquellos entonces era una adolescente muy vivaracha, aunque no cometió ninguna locura, como luego lo haría Cristina, su hermana. Estaba perdidamente enamorada de Juan, el problema estaba en que él tenía a su novia de toda la vida, Encarna, con la que pensaba casarse en pocos meses. Este hecho no mermó las esperanzas de Soledad, que aprovechaba la más mínima ocasión para estar con él. Al final consiguió sus propósitos, embaucó a Juan y él dejó a Encarna. Se casaron muy rápidamente, pero aquél espejismo de juventud fue breve. Los años pasaron, pocas ilusiones de peso rondaban por su cabeza, aunque sí las pequeñas vanalidades diarias. Con un hijo adolescente y una hija con seis años, Soledad disponía de poco tiempo libre. De cualquier forma la vida monótona de las labores domésticas y el cuidado familiar empezó a cambiar la tarde en que la primera reunión tutorial del curso de David, el hijo, la citó a las cinco de la tarde en el instituto de secundaria del pueblo.

Todavía se dejaba notar el calor de los últimos coletazos veraniegos. El instituto quedaba cerca de su casa, sólo tenía que subir dos cuestecillas y se encontraba con la dura reja negra que abría paso a un edificio algo moderno para el anticuado pueblo. A Soledad le daba la impresión de una cárcel los barrotes interiores y las escaleras en las que los pasamanos de madera eran sustituidos por tubos metálicos, fríos y distantes. Entró algo perdida buscando la clase, pensando por donde empezar la conversación. David había repetido curso, pero este año mostraba más empeño en sacar los estudios adelante. A ello esto le costaba noches de insomnio. Planteando su duda mental y empezando a subir la escalera de caracol una voz agradable le llamó la atención.

-  Buenas tardes, buenas tardes sonaba una voz cada vez más alta.
-  Buenas tardes contestó Soledad volviéndose ante un individuo moreno y con grandes ojos verdes.
-  Supongo que usted es la madre de José Pérez.
-  Si, así es.
-  Yo soy el tutor de su hijo, Manuel Alvarez, pero llámeme Manolo, es la costumbre le hablaba con amplia sonrisa, creando confianza en Soledad.
-  Yo soy Soledad, y no me hable de usted que me hace sentirme vieja.

✍ Pasa entonces por aquí, en el seminario estaremos más tranquilo y es más acogedor que la clase le invitaba Manolo acompañado del gesto con la mano.

Soledad pasó al seminario y se sentó en la pequeña mesita que allí se disponía. Una ventana abierta dejaba correr un vientecillo que se agradecía a aquellas horas. Manolo cerró la puerta tras de sí y tomó asiento enfrente de ella.

✍ Bien, quería llamarte para en primer lugar que nos conociéramos. Soy nuevo este año. También para comentarte la marcha del niño. Ahora estamos a primeros de curso y podemos corregir lo que veamos torcido le hablaba pausadamente Manolo.

✍ Mira mi hijo no es malo. Nos ayuda en el negocio familiar y es obediente, siempre lo ha sido, pero lleva un tiempo que lo veo totalmente apático. Y es una pena porque este es el último año antes de entrar en carrera, siempre ha dicho que quiere ser arquitecto, lo malo es que a duras penas es como consigo que venga a clase, pero también dice que no quiere trabajar con su padre, no sabe lo que quiere. Hay días en los que se desespera una.

✍ Es de lo mas normal a estas edades. Lo que hay que tener es mucho tiento con ellos, estar muy compenetrados profesores y padres. Cuéntame algo más de la vida familiar, hay veces que los problemas de los chicos en el estudio son reflejo de la problemática familiar.

Soledad hablaba ante la confianza que le transmitía Manolo. Él la obserbava detenidamente. Sus ojos verdes se hacían traslúcidos ante Soledad. Tenía ante él a una mujer todavía joven, con el peso de la desilusión en sus ojos y en su rostro. En el cabello asomaban unas canas traicioneras que Soledad mal disimulaba con un rubio algo desteñido. Algunas arrugas inoportunas rodeaban muy levemente la mirada de la mujer que continuaba parloteando ya sin ton ni son. En un momento determinado Manolo la tomó de las manos infudiendo todavía más confianza. Soledad sintió sus manos cálidas y firmes apretarle, incluso le pareció apreciar una suave caricia casi imperceptible. Por fin Soledad calló y Manolo que había asentido a su parlamento se levantó.

✍ Comprendo todo lo que me has dicho, muchas familias del pueblo pasan por situaciones económicas complicadas en sus casas, pero ya verás como hablando con el niño se consigue que siga adelante le hablaba una susurrante voz de Manolo.

✍ Entonces, ¿qué me aconseja? le preguntaba Soledad melosa.

✍ Deja que hable con él y ya te llamo para comentarte que me ha dicho.

✍ Bueno, pero no lo dejes.

✍ En esta misma semana verás como obtenemos resultados.

Soledad se despidió del profesor con una amplia sonrisa. Ya en la calle no podía dejar de pensar en como le había cogido las manos y en esos ojos verdes que invitaban a sumergirse en ellos. Se había sentido guapa por unos minutos, había notado en su cuerpo la mirada de deseo de esos ojos esmeralda. No estaba loca, se decía, lo había notado, pero quien se lo iba a creer, la vida

era tan aburrida y rutinaria que por unos instantes le había sentado muy bien el sentirse transportada a otra dimensión.

Manolo por su parte se frotaba las manos con gusto. Había conseguido despertar en la frágil mujer su cuerpo dormido. Seguro que hace tiempo que no echa un buen rato de cama, se decía así mismo con una sonrisa que rozaba la crueldad. Esta me la camelo como a Marta, la madre de la niña problemática del instituto del año pasado. A esta paleta también la voy a tener en mi poder, que el curso es largo y tengo que entretenerme con alguna que no esté mal, seguía Manuel con su monólogo.

Soledad estuvo impaciente durante toda la semana, la llamada de Manuel no llegaba. Ya a últimos de semana le preguntó a su hijo David sobre su tutor, a lo que el niño contestó con un bufido extraño seguido de un déjame en paz de historias, lo que dejó a Soledad más desconcertada que antes. Por las noches tardaba en conciliar el sueño y eso que desde hacía casi dos años tenía un tratamiento contra el insomnio, pero que en los últimos días se estaba volviendo de lo más ineficaz. Por lo demás la vida seguía como siempre, la casa, la comida, la ropa y poco más en lo que distraer el lento tiempo de espera. Por fin una mañana sonó el teléfono, Soledad descolgó teniendo una voz celestial a sus oídos desde el otro lado del cable que la citaba para el jueves de la semana siguiente a las seis de la tarde en el instituto. Soledad colgó y se sentó en el sillón a pensar en la breve conversación que había tenido escasos momentos antes con Manolo. Desde luego, se decía, que me ha hablado con más confianza de lo que hasta ahora lo habían hecho otros tutores, creo que se ha fijado en mí. De un salto salió del salón y bajó la escaleras, Mercedes era la única persona en el mundo capaz de escuchar lo que pensaba y no tratarla de loca. Además ya se lo había dicho en una ocasión, tu lo que necesitas Soledad es una aventura.


Para fastidio de Soledad, Mercedes, mi hermana no estaba en la casa, ha salido a comprar le había dicho la vecina de al lado que siempre estaba pendiente de todo bicho viviente que andara cerca de su puerta. Pero al doblar Soledad la esquina apareció Mercedes con dos bolsas de la compra. A Soledad se le alumbró la cara pensando en la confidencia que le iba a hacer a su amiga.

✍ Hola Mercedes, ¿te ayudo a llevar las bolsas?

✍ ¿Habías venido a verme Soledad? Pues menos mal porque te llamé por teléfono esta mañana temprano y no pude dar contigo. Vamos para adentro hablaba Mercedes mientras sacaba la llave de la casa del bolsillo y abría a continuación la puerta que siempre se resistía un poco.


Soledad soltó las bolsas en la cocina y cogiendo a Mercedes por el brazo casi la arrastró al salón, después ante la mirada incrédula de su amiga cerró la ventana y la puerta como cuando eran pequeñas e iban a cometer alguna travesura.


✍ Pero niña, ¿a qué viene tanto misterio? preguntaba una Mercedes ya inquieta ante el revuelo de su amiga.


 Pues viene a que lo que te tengo que contar es para que te caigas redonda, así que siéntate en el sillón y abre bien las orejas.


Mercedes se sentó tal y como Soledad le había indicado y escuchó durante unos veinte minutos a su amiga hablar con la emoción de una quinceañera en su primera cita. Mercedes y Soledad habían sido amigas casi desde la cuna, ya que nacieron con dos meses de diferencia. Habían compartido sus juegos de niñas, los fracasos escolares, los primeros amores y hasta se casaron en el mismo año y tuvieron los hijos casi a la vez. Mercedes conocía a Soledad más que su madre y sabía de la fantasías de su amiga y también de su infelicidad matrimonial. Juan, el marido de Soledad no era mala persona, el problema estaba en que era un ser anodino, que tan solo quería vivir y dejar vivir a los demás. Chocaba de lleno con el carácter alegre y extrovertido de Soledad, pero habían conseguido llegar a un punto de encuentro con sus hijos, eran buenos amigos, pero la pasión se esfumó en los primeros meses de matrimonio y con ella muchas de las ilusiones de Soledad, después de la fulminante boda, que llegó tras un fracaso con un amor perdido, con un supuesto príncipe azul en su fantasiosa imaginación. Conoció a un madrileño que había venido acompañando a un amigo que visitaba a la familia del pueblo. Se enamoraron nada más verse y empezaron un noviazgo complicado por la distancia. Las cartas más románticas y apasionadas cruzaban los cuatrocientos kilómetros que separaban a los enamorados, pero esa distancia al cabo de los meses empezó a hacer mella en la relación. El forastero volvió al pueblo pero ya las cosas no eran como antes, el amor se había enfriado y aunque esos días fueron para Soledad un sueño, también sabía en su interior que probablemente no se volverían a repetir como así fue de hecho. Poco tiempo después Soledad desistió y nunca más supo de aquel amor de juventud, así que cuando Juan se cruzó en su vida con dieciocho años recién cumplidos se casó con la ilusión otra vez renovada de una adolescente con toda la vida por delante. Pronto empezaron los problemas económicos y la llegada de los hijos que hicieron que las fantasías se fueran escondiendo.

Soledad terminó de contar a Mercedes con pelos y señales el encuentro con Manolo y lo que esperaba de él.

 Se que le he gustado, siempre he perseguido la oportunidad de poder estar al lado de un hombre como él no de alguien que es lo más parecido a un plato de nabos como es Juan.

 Pero Soledad, tu no conoces a ese hombre. ¿Cómo puedes decir esos absurdos de alguien con quien tan sólo has hablado unos minutos? Tienes todavía muchos pájaros en la cabeza. Ya no tenemos quince años, nos queda poco para la cuarentena. Anda, anda, déjate de historias y piensa en Juan, es un buen hombre y te quiere le replicaba Mercedes pausadamente.

 Tu no sabes lo que es esperar todos los días lo mismo de la vida.

 Todos tenemos que soportar el peso de la rutina de una u otra manera. El matrimonio también pasa por diferentes fases, ten en cuenta que los primeros años son de pasión y

luego es más el cariño, el que yo creo verdadero amor lo que une a una pareja.

✍ A ti Mercedes es que te va bien, tu matrimonio siempre ha funcionado estupendamente, vais juntos, habláis las cosas, pero ya sabes como yo ando, me pongo a hablarle algo y se echa a dormir, es desesperante.

✍ Mira Soledad, vete a tu casa tranquila, y si quieres yo te acompaño a la cita en el instituto, ¿cuándo vas?

✍ El viernes, voy el viernes mintió Soledad.

Soledad se marchó pensando en la incomprensión de su amiga. De allí se fue a casa de Lourdes, otra de la pandilla que se había separado. Trabajaba en los hoteles y hacía apenas unos días que había vuelto al pueblo. Sin pensarlo más se puso en camino de su casa esperando ansiosa encontrarla allí. La puerta estaba abierta y pasó adentro. Lourdes estaba todavía desembalando cajas de ropa y de enseres. Se avalanzó a Soledad a pesar de haberla visto hacía tres días cuando llegó.

✍ Que alegría que te dejes caer por aquí.

✍ Vaya lío de cosas que tienes todavía, espero no molestarte.

✍ Pero que dices, ahora mismo nos sentamos un rato que a la ropa le da igual que la ordene ahora o más tarde.

Soledad volvió por segunda vez a contar toda la historia del encuentro con Manolo. A cada palabra Lourdes daba palmaditas de alegría e histerismo. Al terminar de hablar la amiga la tomó por las manos.

✍ Si tu crees que estás segura, vete a por él, que la vida se vive solo una vez y con eso no le haces daño a nadie.

✍ Le hago daño a Juan.

✍ Si, pero ojos que no ven ...

✍ Fíjate en la liberal de Mercedes que siempre decía que lo que necesitaba era una aventura y ahora se pone en plan paternalista. De verdad es que estoy aburrida y agobiada, necesito algo nuevo.

✍ A mi me ha ido bien cambiando de vida. Me acuesto con quien quiero sin tener que dar explicaciones. Luego yo vivo en mi vida y nadie se mete. Mis hijos tampoco tienen porqué inmiscuirse que bastante me ha cortado el tiempo de criarlos. Tu haz lo que te pida el cuerpo.

✍ Eso voy a hacer, menos mal que he hablado contigo.

Soledad pasó la semana impaciente. El esperado jueves llegó y a la hora señalada se encaminó otra vez al instituto. Por la calle saludaba sin apenas levantar la cabeza a quien se iba cruzando, no tenía ganas de conversación, por fin llegó al instituto, la visión de las verjas hicieron mella en su equilibrio, las piernas le temblaban, recordaba las palabras de Lourdes y con paso firme se adentró entre los muros. Era la hora convenida y Manolo la esperaba en la puerta.

- ✍ Vaya Soledad, que puntual has sido le habló Manolo invitándola con un gesto de la mano a pasar adentro.
- ✍ Siempre soy muy puntual cuando voy a algún sitio, no me gusta hacerme esperar respondía Soledad intentando disimular el nerviosismo del que estaba presa.  
Al igual que la otra vez pasaron a la pequeña habitación a entablar la conversación.
- ✍ Hoy te veo diferente exclamaba Manolo - ¿te has arreglado el pelo?
- ✍ Pues sí, hace unos días.
- ✍ Mira Soledad, ya he estado hablando con tu hijo, al principio se mostraba algo brusco pero después de unos cuantos días de conversación parece ser que ya está viendo las cosas algo más clara. El tema es el que yo te decía, tonterías de adolescentes, nada de que preocuparse más de la cuenta y nada de lo que el tiempo no cure.

En ese tono fue desarrollándose la conversación hasta que Manolo pasó por detrás de Soledad con la excusa de coger una carpeta de la estantería que se encontraba a sus espaldas. Al nombrarla ella se levantó y volvió atrás quedando a tan solo unos centímetros del cuerpo de aquel hombre que la hechizaba. Manolo la besó ligeramente en los labios y ella salió como un ciclón de la habitación. El corazón le latía acelerado.

Pasaron unos días inciertos en los que Soledad no sabía a que atenerse, con Mercedes apenas hablaba y si se encontraban por casualidad no tenía ganas de conversar. Ya el día después de los hechos le volvió a mentir diciendo que se había precipitado y que eran niñerías sin importancia. Mercedes sabía del engaño de su amiga, pero también sabía que era inútil razonar con ella, ya lo había intentado en otras ocasiones y no había dado resultado, así que se limitó a seguirle la corriente y esperar a que algún día necesitara su ayuda, que la tendría disponible. En cambio Lourdes era diferente, la animaba a seguir adelante y mirar a ella misma olvidándose de los demás. Soledad vivía con una duda continua, estaba rara y hasta sus hijos se lo notaban. Juan callaba, sabía que alguna historia revoloteaba por la cabeza de su mujer pero ya sabía de su mal genio y de que cuando se ponía en ese plan era mejor dejarla tranquila.

Después de dos semanas difíciles una mañana volvió a sonar el dichoso teléfono, era Manolo.

- ✍ ¿Soledad? ¿Eres tu? se oía una voz muy suave al otro lado del hilo.
- ✍ Si soy yo respondía un poco sorprendida.
- ✍ Soledad tenemos que hablar, siento lo ocurrido, soy tonto, no merezco tu respeto pero no pude evitarlo, te puede sonar increíble porque sólo nos hemos visto dos veces, pero me he enamorado de ti. Sin apenas hablar contigo se que eres una mujer ideal.
- ✍ Pero Manolo si es lo que tu dices, no nos conocemos. Yo no se que decirte.
- ✍ Creo que tenemos que vernos y aclarar la situación, no quiero que tengas un mal concepto de mi. ¿Te acercas por el instituto esta tarde?
- ✍ Esta bien, ¿a que hora?
- ✍ ¿Sobre las seis?

✍ De acuerdo, allí estaré.

El mundo otra vez se le venía encima. Ya no era una quinceañera para andar con esas historias. Era un locura pensar en un enamoramiento con haberse visto tan poco pero es que no podía evitar sentirse así de bien, tener esas cosquillas en el estómago que le subían y ahogaban cada vez que pensaba en aquél hombre. Cada noche soñaba con sus manos firmes apretándola, en sus besos, en como sería estar con él. Los días eran verdaderamente rutinarios y aburridos, incluso se había apuntado al taller de teatro de mujeres para salir un poco de la casa, pero tampoco eso la había llevado a nada, quería algo y no sabía el que. Quería sentir como hacía años ese fuego dentro del cuerpo. El gran problema era Juan, su marido, no sabía si realmente le quería o no. Llevaba ya tiempo soñando con una aventura del tipo que se le había presentado, pero llegado al punto culminante de la misma no sabía que hacer. Por fin decidió volver a verle a ver que pasaba y cuáles eran las intenciones de él.

Manolo esperaba a Soledad como el cazador a su presa. Sabía que no iba a tener problema para tenerla entre sus garras. Iba a ser divertido verla caer a sus pies y luego dejarla como a tantas otras antes. Las mujeres de esa edad estaban en su mayoría aburridas, sobre todo las amas de casa y esperaban ardientes una última oportunidad de pasión antes de entrar ya en decadencia, pensaba para sí Manolo fríamente.

La tarde en cuestión llegó y con ella la visita de una Soledad expectante ante lo que se iba a encontrar. Después de algunas palabras confiadas por parte de Manolo, Soledad bajó por completo el poco muro que le quedaba ya por caer. Manolo la tomó en brazos y la acarició despacio. El instituto estaba desierto, nadie podía imaginar que en un pequeño despacho había dos cuerpos explorándose, besándose ansiosamente, con el ardor y el miedo de la primera vez. Soledad se sentía desfallecer, se perdía entre aquél cuerpo cuando por fin cayó la última prenda. Sólo cuando se sintió gemir de placer se acordó de Juan, pero pronto se olvidó, tenía derecho a vivir, pensó. Manolo la devoró tiernamente primero y con fuerza después, esto es lo que necesita esta reprimida pensaba. Se despidieron y quedaron para la semana siguiente. Soledad cruzó las calles a toda velocidad, sabiendo ya que no obra consecuentemente pero no era todavía capaz de razonar en la ratonera que se estaba metiendo.


El frío invierno llegó pero no lo fue para Soledad. Los encuentros se sucedieron sin tregua. Juan notaba cada vez más el desasosiego de su mujer, su estar en otro mundo, incluso se le pasó por la cabeza la idea de que ella estuviera con otro, pero para él Soledad era la madre de sus hijos, y no le entraba en la cabeza semejante disparate.


Los meses iban corriendo y Manolo se sentía distinto. Un sentimiento de culpabilidad hasta ahora desconocido lo asaltaba todas las mañanas cuando pensaba en su amante. Ya no era solamente sexo y diversión lo que encontraba en aquella mujer, era cariño, comprensión, una persona dispuesta a escuchar y compartir sus problemas. La palabra amor le resonaba en la mente una y otra vez, algo con lo que desde luego no contaba en su vida. Siempre había sido un libertino sin ataduras, no quería compromisos, quería vivir libremente, pero ahora sentía como


necesitaba a Soledad a diario, como le gustaba escucharla hablar de sus hijos, de la comida que hacía, del libro que había leído o de algún chisme del pueblo. Era una mujer con la que estaría dispuesto a liarse la manta a la cabeza y luchar por el incipiente amor. No sabía a ciencia cierta cuanto podía durar aquello pero lo cierto era que no estaba dispuesto a perderlo por nada. Tenía que intentar llevársela lejos de allí y emprender una nueva vida juntos, eso sí, sin compromiso de por medio.


El peso del remordimiento era demasiado para Soledad. La rutina diaria se había convertido en multitud de escapadas amorosas, de mentiras, de sobresaltos, de descontrol. Sabía que no estaba actuando bien, y en el fondo de su corazón también sabía que lo de Manolo no era un amor verdadero, que lo más probable era que se acabara con el curso. Por las noches Soledad se acurrucaba contra el pecho de Juan y lloraba silenciosa.

Aquel día de Reyes, Soledad recibió un regalo inesperado. Juan le entregaba un sobre con dos billetes de avión para Tenerife. Ella había soñado mucho con hacer algún día ese viaje y por fin llegaba la hora. Pasados tres días y con preparativos más que a la carrera emprendieron rumbo a la isla que iba a sacar a Soledad de la duda que le corrompía el alma.

 Que días mas bonitos estamos pasando Juan, no sé como agradeceréte lo le decía Soledad a Juan mientras paseaban por un bullicioso paseo marítimo.

 Esto era una deuda muy antigua que tenía contigo. No creas que no valoro todo el trabajo que haces en la casa y con los chicos, es más creo que no te he ayudado lo suficiente y que te has tenido que sentir sola en muchas ocasiones le decía Juan mirándola fíjamente a los ojos y cogiéndola por los hombros.

 Yo se que tu trabajo te absorbe mucho Juan y yo soy una fantástica en muchas ocasiones, ¿me perdonas?

 No Soledad, perdóname tu a mi por no haberte escuchado lo suficiente. Ese ha sido el motivo principal de este viaje, el tener unos días para nosotros solos y así poder hablar de todo.

Soledad no pudo reprimir las lágrimas y lloró amargamente abrazada a Juan. Ahora podía confirmar que lo de Manolo había sido un espejismo, que su sitio estaba al lado de ese hombre que la abrazaba, que la quería. Quizás no era tan pasional, pero era un amor verdadero, con cariño y respeto.

 No llores Soledad, hay que mirar el futuro, olvídate de los fantasmas del pasado, tenemos toda la vida por delante.

Los días siguientes fueron de los más felices para Soledad. Volvió a amar a Juan con la misma ímpetu de los primeros meses. Se redeescubrieron gracias al diálogo. Ella no se atrevía a preguntarle si sabía lo de Manolo, pero algo en su intuición femenina se lo estaba demostrando. Ese hombre la quería de verdad y le había abierto una segunda puerta para apreciar lo que hasta ahora tenía y que había estado a punto de írsele de las manos. Tenía que cortar con Manolo.

Volvieron del viaje con otro aire, incluso se encontró el pueblo más agradable, diferente.

A los pocos días la llamada telefónica precedió a la cita.

Soledad retomaba como otras tantas veces el archiconocido camino del instituto. Al llegar otra vez le asaltaron las dudas, sintió erizársele la piel y la idea de marcharse del pueblo otra vez le pinchaba. No sabía después de todo lo ocurrido en las últimas semanas como podía pensar de esa manera, pero así era ella, no conseguía el control definitivo de su vida.

✍ Soledad sonaba serena la voz de Manolo tenemos que hablar.

Soledad escuchaba a Manolo mirando por la ventana, pronto llegaría la primavera y veía los primeros brotes en la arboleda.

✍ Creo que te quiero y necesito tenerte a mi lado le decía Manolo mientras le sujetaba la barbilla y le besaba suavemente.

Acto seguido le empezó a hablar de lo maravillosa que sería la vida para ellos, que empezarían desde cero lejos del pueblo y que con el tiempo se llevarían a sus hijos. Le hablaba de cómo la iba a sacar de su rutina, de la vida de privaciones que hasta ahora había llevado.

✍ Lo siento Manolo, pero yo quiero a Juan. Me he equivocado contigo sentenció Soledad poniéndose en pie y saliendo decidida por la puerta.

Manolo la siguió pero ella lo paró con un gesto de la mano.

✍ Lo que si te agradezco es haberme dado la oportunidad de ver lo que realmente quiero y de haber por fin encontrado mi sitio. Se feliz, te mereces una buena mujer.

✍ Eres una reprimida y vas a ser una vieja amargada le gritaba Manolo con su orgullo herido.

Ella ya no le daba importancia a esas palabras, bajaba la cuesta a su casa, no sabía cuando pero le contaría a Juan todo lo sucedido. Que estúpida había sido escuchando los consejos de Lourdes y sobre todo que egoísta. En ese momento ceso la lluvia y unos rayos de sol dieron paso a un arco iris semiescondido en las nubes plateadas. Soledad suspiró y pensó en la cena de esa noche.

### III












Vi como bajaba la empinada calle y se disponía a ir a casa de María. Al pasar por la Iglesia oyó barullo dentro. La puerta de madera entreabierta dejaba colarse conversaciones y risas. Un intensísimo aroma a narcisos se apoderó de ella que decidió entrar. Claro, pensó, estamos en vísperas de Semana Santa. El jaleo se atribuía a la preparación de los pasos por parte de jóvenes pertenecientes a las Hermandades. Soledad saludó a alguna gente y entró al pequeño cuartito dedicado a la Inmaculada. Allí, a solas con sus pensamientos empezó a desenredar aquella madeja en la que se había convertido su mente. Sonrió tristemente pensando en lo que había perdido, sobre todo el amor de sus hijos. Tenía que intentar recuperarlos.






















Soledad lloraba silenciosa las pocas lágrimas que aún le quedaban. De pronto notó que

todo había quedado en silencio. La oscuridad se había apoderado de la Iglesia. Las imágenes habían quedado solas, rodeadas de flores, en espera de realizar su estación de penitencia. Soledad se acercó temeroso a la Virgen de los Dolores, le rezó durante unos minutos y una paz que su alma añoraba hacía ya muchos años la llenó. Salió a la calle dispuesta a conseguir lo que quería.

El aroma a primavera la había envuelto desde que llegó al pueblo. Qué lejos quedaban los campos en aquella ciudad provinciana en la que había pasado los últimos años de su vida. Acostumbrada a vivir en una casa amplia, con un gran patio repleto de macetas que daban un aire florido y multicolor a las blancas paredes, ver como único paisaje azoteas llenas de ropa y ladrillos era excesivo para ya su trastocada cabeza. Se sentía prisionera en una jaula dorada. Lo único que la mantenía viva era la existencia de Manolo, pero desde que había vuelto con él huyendo del pueblo las cosas no habían ido como ella esperaba. Otra vez le había tocado perder.

A lo lejos divisó la casa de María. El corazón le latía aceleradamente imaginando a su hija y agolpándose en su cabeza las palabras con que iba a hablarles. Tenía que mantenerse serena, pero sobre todo tenía que dejarse oír, que la escucharan. Tenía que conseguirlo. En la puerta de la casa, como si la estuvieran esperando estaba María y otras dos vecinas de brazos cruzados.

-  Buenas tardes les habló Soledad con tranquilidad.
  -  Para ti no son buenas tardes Soledad, vete por donde has venido le contestó de malas maneras María.
  -  Mira María, no tengo ganas de discusiones, vengo a ver a mi hija. Tu no eres su madre le siguió hablando Soledad retorciéndose las manos nerviosa.
  -  Vete Soledad, aquí nadie te quiere, incluso no se acuerdan de ti.
  -  O le dices que salga o entro yo.
  -  Soledad, vete de aquí, no eres bien recibida le habló una voz desde dentro de la casa. Era su hija.
  -  Pero hija, sal por favor, sólo quiero que me escuches un momento, luego me iré si lo deseas le suplicó.
  -  No vete ya de una vez.
- Soledad se volvió y caminó a duras penas por la calle, dejando detrás una buena dosis de murmuraciones. En cuanto dobló la esquina, se dejó caer en el primer bordillo que encontró. Lloró durante mucho rato. Cuando se levantó no sabía cuanto tiempo había estado allí sentada, la oscuridad la había rodeado. Me la encontré por la calle como una sonámbula, con la mirada perdida en el vacío y el rostro desencajado de tanto llorar.
-  Soledad, ¿te encuentras bien? le pregunté.
  -  No, me ha pasado algo horrible.
  -  Lo sé.

-  No no te lo puedes ni imaginar.
-  Si, me lo ha contado tu hija.
-  ¿Cómo dices? ¿Tu has hablado con mi hija? Contéstame me zamarreaba como un muñeco presa de los nervios.
-  Tenemos que hablar tranquilamente, ven a mi casa si quieres la tranquilicé.
-  No, dímelo ahora, dime lo que te ha dicho.
-  Es mejor que me acompañes y te calmes un poco.
-  Está bien me dijo con apenas un murmullo sujetándose a mi brazo.
- Llegamos a mi casa y se sentó en el sofá. Yo le preparé una tila doble que se bebió a pequeños sorbos.
-  Soledad, te voy a contar algo que te tenía que haber dicho en cuanto te ví, pero que no me atrevía le dije observando como le temblaba todo el cuerpo yo soy la mujer de tu hijo José.
-  ¿Por qué no me lo has dicho antes? Tu sabías que él me iba a rechazar y sin embargo lo has permitido. Sois todos iguales dijo levantándose enérgicamente y saliendo rápidamente por la puerta.
- Salí detrás de ella y logré sujetarla en la calle. Ante mi sorpresa, Soledad se dejó llevar otra vez hacia mi salón. Con una mirada indescriptible se volvió a sentar en el sofá.
-  Yo siempre te he admirado. Siempre os he querido mucho a ti y a tu hermanas. Cometiste un error muy grave, pero te comprendo.
-  No, nadie me comprende me respondía cabizbaja.
-  Hiciste mucho daño, pero creo que ya has purgado tu culpa con creces. Nadie debe de mortificarse tanto como tu lo haces. El problema es que eres mujer, si fueras hombre seguro que no se hubieran levantado el monton de chismes, ni la historia tan negra que ha surgido en torno a ti. Tranquilízate, yo te voy a ayudar.
- Soledad lloraba desconsolada. En un momento determinado entraron mis hijos. Soledad se lanzó hacia ellos como una posesa, dañándolos de tanto apretarles. Los niños chillaron y Soledad los soltó de golpe, Tambaleante volvió al sillón.
-  Lo siento fue lo único que acertó a decir mirando sollozante a los niños que ya habían olvidado el incidente y correteaban por la casa.
-  No te preocupes, comprendo tu ansiedad.
-  A José y a ti, ¿os va bien?
-  Si Soledad, somos felices.
-  ¿Te ha hablado alguna vez de mi?
-  Si me ha hablado, pero es algo que tu debieras aclarar con él.
-  Me guarda mucho rencor, ¿verdad?
-  Menos del que él y tu os pensais.
-  Gracias Ana, eres lo más parecido a mi ángel de la guarda.

✍ José vendrá la próxima semana, yo lo prepararé para hablar contigo. Tengo mucha fe en que todo se aclara y vuelva a su cauce.

✍ Ya. Pero mi vida ya no está en este pueblo. Sería una pesadilla vivir en un lugar donde se que me recordarían lo que hice. Quisiera aclarar la situación y marcharme.

✍ No se que decirte, creo que tu familia está aquí, tus hijos y tus nietos, volverás a ser feliz, ya verás.

✍ Ojalá Ana, ojalá.

Después de besar a los niños Soledad salió por la puerta. Al rato la vi salir de la casa con las maletas temiéndome que huyera por segunda vez, pero no, simplemente se marchaba al hostel a hospedarse, con su tío las cosas no habían ido bien. Nadie supo lo que allí se habló, pero él que siempre había mostrado un carácter poco afable, parecía que lo era aún más después del retorno de Soledad, aunque tampoco nunca habló nada de ello.

El cementerio quedaba a las afueras de la población. Era pequeño y totalmente pendiente. Soledad buscaba la paz interior, estando segura de poderla hallar entre aquellos muros. La tarde era deliciosa para pasear. Las flores multicolores poblaban el campo. La hierba fresca dejaba un aroma suave en la piel. Soledad se quitó el jersey de perlé y dejó los brazos libres a la naturaleza. Con una tarde así, pensaba, nadie en el mundo se puede atrever a decir que es infeliz, Dios me va a ayudar a solucionar mis problemas. El portón del cementerio se abría ante sus ojos. La madera carcomida, con un sin fin de grietas permanecía inmóvil, no corría el aire. La calma era tal que daba hasta miedo, parecía que el mundo se había detenido para aquella mujer que abría sus hermosos y grandes ojos ante la tranquilidad perdida. Dentro, el aroma se volvió aún más dulzón. Las flores cubrían las lápidas como si la raíz estuviese incrustada en el frío mármol. Soledad iba colocando algunas que estaban caídas o torcidas. Una mano se posó sobre su hombro sobresaltándola.

✍ Hola Soledad, que alegría verte le habló el camosantero un hombre con aspecto bonachón que cuidaba con esmero el jardín de aquél lugar.

✍ Vaya Tobías, sigue usted igual que siempre le respondió aspirando profundamente.

✍ ¿Buscas a alguien en particular?

✍ Pues sí, siento decirlo pero no recuerdo donde está mi abuela. Ese día no sé ni como llegué aquí.

✍ Está al lado de tu hermana Adela.

✍ Si, supongo que es mejor así. También hemos cambiado a tus padres en la misma fila.




















✍ Si Tobías, algo de eso había oído que se iba a hacer cuando el entierro de mi abuela.

✍ Bueno, yo sigo a lo mío.


✍ ¿Tobías?

✍ ¿Si? le respondió volviéndose.

✍ ¿Sería posible reservar otro hueco al lado de ellos?

-  No, se puede hacer. Eso háblalo en el Ayuntamiento.
-  Claro. Gracias.
-  Hasta luego Soledad. Si quieres algo andaré por aquí.
-  Una última pregunta, ¿hay alguien por allí arriba?
-  No, las dos mujeres que había se han marchado, y los que hay no te van a molestar le contestó sonriendo.
-  Muy bien. Hasta ahora.
- Soledad avanzó firmemente hasta donde se encontraban los que habían sido sus seres más queridos. Al llegar notó como las lápidas estaban perfectamente cuidadas y que incluso tenían flores de hacía poco. Seguro que ha sido Ana, se dijo en voz alta. Acarició la piedra, primero de la abuela, luego de sus padres y por último de Adela.
-  Hermana mía, ¿por qué no hablaste conmigo? Lo hubiéramos solucionado. Te echo mucho de menos. Lo que si voy a hacer de ahora en adelante es interesarme por tus hijos. Tenías que haber aguantado más, tenías a tu familia, a tus hijos, todos te queríamos. El pueblo te hubiera apoyado. Yo no me voy a rendir Adela, voy a recuperar a mis hijos, aunque me lleve toda la vida en ello y rehaceré mi vida. Sólo cuando te mueres ya no tienes esperanzas, es cuando lo pierdes todo sin solución, sin vuelta atrás. Yo voy a luchar Adela, lo voy a hacer por todas nosotras.
-  Y tu abuela. Lo siento le hablaba Soledad con un llanto ya desconsolado te dejamos sola, Dios mío, ¿cómo pudimos ser tan crueles? Que egoístas fuimos todos. Te quiero abuela. Espero que me hayas ya perdonado y desde allá arriba me ayudes a seguir adelante. Dame fuerzas.
- Fue entonces cuando a Soledad se le vino a la cabeza la imagen de aquella tarde en que la echadora de cartas fue a su casa.
-  ¿Soledad? le hablé dulcemente.
-  Ana, ¿sabes en qué estaba pensando?
-  En tu hermana y en tu abuela.
-  No. ¿Te acuerdas de aquella tarde en que fue una mujer extraña a mi casa a echar las cartas?
-  Si me acuerdo.
-  Es que esa imagen me ha acompañado toda la vida. Es más, si no mal recuerdo, tu te quedaste dentro con la abuela, tu madre y aquella mujer.
-  Si Soledad le dije encogiéndome el corazón al recordarlo.
-  ¿Qué fue exactamente lo que pasó? Eras muy pequeña ¿lo recuerdas? me dijo Soledad tomándome las manos suavemente.
-  A mi tampoco se me ha olvidado nunca, y es algo que no lo he hablado con nadie.
-  ¿Qué dijo Ana?
-  Dijo que las mujeres de tu familia estábais todas malditas. Si, eso es lo que dijo aquella

bruja.

 Pues yo me río de aquella maldición y Soledad rompió a reír sí me río de ello, no hay maldición Ana, no la hay y dirigiéndose a las tumbas que teníamos enfrente lo volvió a repetir una y otra vez a gritos no hay maldición. Yo la rompo hoy en este lugar.

Salimos de allí de la mano. La tarde caía suave. El amarillo intenso de las mimosas deslumbraba el ambiente. Los almendros florecidos llenaban la retina de hermosura. Un vientecillo suave cargado de esperanza nos acariciaba el rostro. Los ojos de Soledad brillaban intensamente. A lo lejos divisamos una figura muy familiar para mí. Se acercaba despacio. Soledad me apretó la mano tan fuerte que me hacía daño. Era José, su hijo.



[www.ciudadanas.org](http://www.ciudadanas.org)